EL LABERINTO,

PERIODICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.° 14. Tomo I.—JUEVES 16 DE MAYO DE 1844.
Boix, Editor, calle de Carretas, núm. 8.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Cervantes y sus obras, por D. Jacinto de Salas y Quiroga.—**Motin contra Esquilache, art. 1.°**, por D. Cayetano Rosell.—**Espatolino (novela)**, por la señorita Avellaneda.—**Todo Madrid en San Isidro**, por D. Antonio Flores.—**Poesía**, por la señorita Avellaneda.—**Viaje à Toledo**, por D. J. del Peral.—**Revista de la Quincena**, por D. Antonio Ferrer del Rio.—**Estatua en yeso de Velazquez**, por el señor Piquer.—**Boletin bibliográfico.**

CERVANTES Y SUS OBRAS.

Mucho ha tardado el mundo en saber con certeza cuál es el pueblo feliz que vió nacer al ilustre, y, hasta el fin de los siglos, célebre Miguel de Cervantes. El empeño de los eruditos ha conseguido, en nuestros dias, descubrir, que este insigne ingenio fue bautizado en la parroquial de Sta. Maria la Mayor de Alcalá de Henares, á 9 de octubre de 1547, con lo cual quedan desvanecidas las pretensiones de Madrid, Toledo, Sevilla, Esquivias, Lucena, Alcázar de S. Juan y Consuegra, que solicitan todavía tan elevada gloria. Si hemos de dar crédito á la respetable opinion del erudito marques de Mondejar, el origen de Cervantes es preclaro é ilustre, siendo su familia una de las mas antiguas que han ennoblecido el reino de Galicia. Esto no obstante, grande fué la pobreza de su padre, y no menor la humildad con que pasaron los primeros años de su vida el mas ameno de nuestros escritores, su hermano Rodrigo y sus dos hermanas. ¡Triste y misterioso decreto del poder omnipotente, que castiga, con la miseria y abandono, á los que son en la tierra su mas perfecto dechado, asi como colocó su mano poderosa en los desiertos de América árboles que solo brotan bálsamo, si los hiere el hacha destrozadora!

De 1568 son los primeros versos conocidos de Cervantes, con ocasion de las exequias que, en la iglesia de las Descalzas Reales, hizo la villa de Madrid, por la malograda reina doña Isabel de Valois. Su aficion á la poesía data de mas antiguo: desde sus mas tiernos años, habiendo asistido á las representaciones del célebre farsante Lope de Rueda, era vehemente su inclinacion á las obras de invencion y remedo, y sin límites su pasion á los versos, pasion desgraciada que hubo de conservar toda su vida.

Sin embargo, túvole la opinion pública, en su siglo, por buen poeta, habiendo sus obras merecido el aplauso general, encomios y premios. Julio Aquaviva, que mas tarde fue cardenal, hallábase en Madrid, á fines de 1568, con encargo de Pio V, de dar el pésame á Felipe II por la muerte del príncipe D. Cárlos, y, segun se cree, con instrucciones reservadas para solicitar favores deseados por la santa Sede; mision, por ambos objetos, desagradable al rey, demasiado digno para vindicar su opinion de los falsos rumores que el vulgo habia esparcido, y harto español para ceder á exigencias, cuyo término era imposible calcular. Este viaje valió al ilustre embajador el capelo cardenalicio, y el placer de tratar en Madrid á los muchos y esclarecidos ingenios que, por aquellos tiempos, empezaban á enriquecer nuestra literatura. Fue de estos Cervantes, que regresó á Italia con Aquaviva, en calidad de familiar ó camarero, cargo no humilde en aquellos tiempos, habiéndolo antes que él ejercido D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Francisco Pacheco y otros, que, ganosos de proteccion y enseñanza, pasaban á Italia en busca de ricas prebendas ó de gloriosos laureles.

Al siguiente año de 1569, confederáronse España, Venecia y Roma para reconquistar la isla de Chipre, que

el gran turco Selim II, faltando á la fe de los tratados, habia invadido; lucha incesante que existia entonces entre la cristiandad, á cuyo frente se hallaba el poderío de España, y el mahometismo que aspiraba á dominar en el Mediterráneo. Mandaba la escuadra española en Nápoles, el esclarecido D. Alvaro de Bazan, primer marques de Sta. Cruz, el cual tenia á sus órdenes al famoso capitan Diego de Urbina, del tercio de D. Miguel de Moncada. Cervantes, cuyo ímpetu marcial no le dejaba sosiego en la quietud del reposo clerical de Roma, al escuchar nuevas de tan noble expedicion, sentó plaza de simple soldado, segun la usanza de los tiempos, en la compañía del famoso Urbina. Como tal, sirvió á las órdenes de Colona, hasta que, en 1571, fue nombrado para la alta dignidad de generalísimo de las fuerzas reunidas de su santidad, el rey de España y la señoría de Venecia, D. Juan de Austria, el cual, con aquel denuedo propio de su esclarecida estirpe, de su juventud y de sus hazañas en las guerras de Granada, persiguió á la armada enemiga sin tregua ni descanso. Tuvo la gloria de descubrirla, en la mañana del 7 de octubre, en las bocas de Lepanto, y durando el sangriento combate desde el medio dia hasta el anochecer, con ímpetu y obstinacion por ambas partes, lograron las armas cristianas la mas señalada victoria naval que cuentan los anales.

Cervantes hallábase enfermo, á bordo de la galera Marquesa; pero ni esta circunstancia, ni el mandato de los capitanes, ni el consejo de sus camaradas, fueron bastantes á contener su espíritu guerrero. Peleó en el sitio de mas riesgo, alcanzando tomar el estandarte real de Egipto, aunque á costa de tres arcabuzazos que recibió, dos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó manca, como señal constante de su noble arrojo, mostrándola despues en el resto de su vida, con notable orgullo, y repitiendo, como Terencio, que «el soldado mas bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga.» D. Juan de Austria, por este hecho glorioso, le acrecentó tres escudos al mes sobre su paga ordinaria.

Hallóse en la expedicion de Tunez, y militó en las banderas del hijo de Cárlos V, recorriendo todas las ciudades de Italia y Sicilia hasta el año de 1575, en que, viendo cuán escaso premio recibian sus señalados servicios, decidió regresar á España, trayendo cartas en que al rey y sus secretarios lo recomendaban muy particularmente para el mando de una compañía, el ilustre don Juan, testigo de sus hazañas, y el duque de Sesa, virey de Sicilia. Embarcóse en la galera llamada el Sol, en compañía de su hermano Rodrigo, que tambien habia servido como soldado en Italia, y de otros caballeros y militares distinguidos; pero, atacados en alta mar por tres bajeles turcos de la escuadra de Arnaute Mami, especialmente por una de veinte y dos bancos que mandaba el arraez Dalí Mami, renegado griego, despues de un combate tenaz y desigual en que se distinguió Cervantes, hubieron de rendirse estos desgraciados, siendo llevados á Argél y tratados como cautivos.

Cupo Cervantes, en el repartimiento, á Dalí, el cual, como viese las cartas de recomendacion que sobre sí llevaba, redújolo á durísimo trato y sumision, esperando que por ser persona principal lograria subido é importante rescate. Pero el cautivo, que en su ingenio confiaba tan solo, intentó desde el primer dia escaparse, lo cual pudo muchas veces verificar, si su ánimo noble no le impusiese el deber de salvarse con sus compañeros ó con ellos padecer. Descubierto varias veces y arrostrando con serenidad las consecuencias de sus tentativas, tuvo la dicha de que sus amos, tan severos con los demas cautivos, solo con él no lo fuesen, siendo así que mas tarde fué cautivo del rey Azan, el mas cruel de los bajaes de Argél, el cual, contentándose con tenerlo bien

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

custodiado, solia decir que como tuviese bien guardado al estropeado español, tendria segura su capital, sus cautivos y sus bajeles.

Los padres de Cervantes, afanándose en vano por acudir á rescatar á su querido hijo, de quien habian recibido nuevas, empeñaron el patrimonio de sus hijos y los dotes de las dos hijas doncellas; pero este caudal no bastó para rescatar al ilustre estropeado, y si fué solo suficiente para dar libertad á su hermano Rodrigo en 1577, quien regresó á España y trabajó activamente por rescatar á Miguel. El padre de Cervantes murió sin el consuelo de ver á su hijo, pero dejando muy adelantadas las pretensiones para el rescate; su viuda y su hija doña Andrea, se presentaron, en 1579, á los PP. Gil y Bella, de la santa y sublime orden de los Trinitarios, á quienes tanto debe la cristiandad, entregándoles 300 ducados, 250 de la primera, y 50 de la segunda, para que con ellos á su llegada á Argél, para donde salian con objeto de redimir cautivos, procurasen la libertad del ilustre Cervantes.

Los redentores, entre los cuales fué el mas caritativo y empeñado el P. Gil, lograron, en 19 de setiembre de 1580, rescatar á Cervantes por 500 escudos de oro, y una gratificacion de 9 doblas. Regresó este á España provisto de una extensa informacion, de la cual consta la honradez, valor y virtud del cautivo, y los muchos riesgos que pasó en Argél por salvar á sus compañeros de infortunio.

Hallábase á la sazon Felipe II en víspera de entrar en Portugal, y en el ejército que le abrió el paso, mandado por el duque de Alba, servia Rodrigo Cervantes. A unirse con él y militar bajo tan gloriosas banderas, corrió el manco de Lepanto, que, embarcándose mas tarde en Lisboa, se halló en la expedicion de las Islas Terceras, otra vez á las órdenes del ínclito marqués de Sta. Cruz.

Aficionóse mucho Cervantes á Portugal y sus moradores, contribuyendo sin duda á tanta inclinacion, no solo el dulce trato de nuestros vecinos, sino tambien las gracias de sus hijas. De ellas una favoreció con su amor al desgraciado español, en quien tuvo, por aquellos tiempos, antes del año de 1583, una hija natural, que se llamó doña Isabel de Saavedra, la cual no se separó de su padre, ni cuando este estuvo casado con otra que su madre. Fué toda su vida uno de los encomiadores mas entusiastas de la ilustre nacion portuguesa, como puede en especial verse en el tercer libro de *Pérsiles*.

En este mismo año de 1583, despues de haber hecho un viaje en Mostagan y Oran, de órden de sus generales, compuso la *Galatea*, que primera de sus obras que vió la luz pública, publicóse á fines de 1584. Créese, con bastante probabilidad de acierto, que, bajo el nombre de *Galatea*, quiso pintar á Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, con quien poco despues contrajo esponsales, y que, con el nombre de Elicio, se pintó á sí mismo. En 1586, recien casado, con algunos bienes de su mujer en Esquivias, si bien no con bastantes para vivir holgadamente, vino á Madrid, con el fin de darse á conocer como escritor y poeta. En todas las obras que por aquellos tiempos se publicaron, la *Austriada* de Rufo, el *Jardin espiritual* de Padilla, el *Cancionero* de Maldonado, la *Filosofia cortesana moralizada* de Barros, *la Casa de la Memoria* de Espinel, y otras varias, hay versos de Cervantes, á la usanza del siglo, ó elogios de su mucho mérito y fama.

En los teatros de la córte representáronse, por entonces, los *Tratos de Argél, la Numancia, la Batalla naval, la Casa de los celos*, y otros dramas de Cervantes que fueron recibidos con mucho aplauso, á pesar del escaso mérito que á nuestros ojos tienen. Aunque la *gran Turquesa*, la *Jerusalen*, *la Amaranta*, *el Bosque amoroso*, *la Unica y la Bizarra Arsinda*, del mismo autor, fueron bien recibidas, parece que la mas admirada, por aquella época, fué una titulada la *Confusa*. Mas de treinta dramas escribió, llevado no solo del afan de gloria, sino de la necesidad de cumplir con las obligaciones de su estado. Pero, era tan escasa la recompensa, que su pobreza no disminuia. Vióse precisado, en 1588, á abandonar las comedias, y trasladarse á Sevilla, como comisario del proveedor general de las armadas y flotas de Indias. No habiendo conseguido gracia ninguna del rey, pues este empleo subalterno era debido á la proteccion del proveedor Guevara, solicitó, citando en su abono veinte y dos años de buenos servicios, sus heridas y cautiverio, la contaduría del nuevo reino de Granada, la de las galeras de Cartajena, el gobierno de la provincia de Soconuzco, en Guatemala, ó el corregimiento de la ciudad de la Paz, acogiéndose, segun su expresion, «al remedio á que los perdidos se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.» Le fué negada esta gracia, aunque se le mandó que pidiese destino en España, sin que haya jamas obtenido otra merced ninguna del gobierno que el encargo de recaudar las tercias y alcabalas que debian á la Real Hacienda algunos morosos.

En 1598 presentó sus cuentas, y obtuvo finiquito de solvencia, en el cual se le abonaron, por su salario, ciento dos mil maravedis que equivalen á tres mil reales vellon. En este y otros encargos visitó casi todos los pueblos de Andalucia, de cuyas costumbres se muestra tan profundo conocedor.

La quiebra del mercader Freire de Sevilla, por cuyo conducto habia enviado fondos de su recaudacion á Madrid, ocasionó á Cervantes muchos disgustos, sufriendo prisiones, apremios y persecuciones, de que por fin salió bien y fué declarado inocente.

Desde 1598 hasta 1602, faltan datos para conocer los sucesos de Cervantes, y este vacío es tanto mas doloroso cuanto que en estos años, ocurrio su célebre encarcelamiento de la Mancha, y empezó á escribir el inmortal Quijote. Suponen unos que, comisionado para apremiar á los vecinos morosos de Argamasilla, por ciertos atrasos de diezmos, le atropellaron estos, hubo él de defenderse y le pusieron ellos, por término de tanto arrojo, en la cárcel. Creen otros que su prision fué motivada por haberse aprovechado, con perjuicio de los vecinos, de las aguas del Guadiana, para las elaboraciones de la fabrica de salitres y pólvora de que estaba encargado, y por último, algunos suponen que fué de esta prision causa algun chiste con que quiso festejar á una doncella del Toboso, de lo cual se mostraron ofendidos sus amigos y parientes, trabándose asi una pendencia de esas á que era Cervantes aficionado. Conservase en Argamasilla, sin que de ello existan pruebas ningunas, la tradicion de que, en la casa llamada de Medrano, estuvo la carcel donde «duengos dias y menguadas noches» pasó el autor del Quijote.

En 1603 se presentó Cervantes, requerido por los contadores, en Valladolid, donde estaba la córte, y en donde el fátuo é imperioso Duque de Lerma lo trató con menosprecio.

Por aquellos años se ocupaba de escribir la obra que ha inmortalizado su nombre, y los que aseguran que aquel libro no produjo ningun cambio en las costumbres, por no existir ya aficion á los libros de andantes caballeros, no será mal que noten la fecha de 1602, en que D. Juan de Silva y Toledo hizo imprimir su *Historia de D. Polifemo de Boecia*. La aficion á esta clase de libros era general, y en manos del vulgo corrian las obras, de que, con tanto donaire, se burla Cervantes.

A principios de 1605 empezó la publicacion del Quijote, dedicado al duque de Bejar. El duque, á pesar de sus altas prendas, otorgó, con gran dificultad, á Cervantes el honor de que lo inmortalizase en su obra, que, basta para hacerles merced, es dificil obtener el beneplácito de los favorecidos de la fortuna.

Esta obra, que mas tarde ha sido y es ahora, y será por los siglos, el encanto del mundo, fue recibida, no solo con indiferencia, sino que hasta su título fue objeto de burla. Conociéndolo asi, compuso Cervantes el *Buscapié*, sátira ingeniosa y delicada, en que, aparentando criticar el Quijote, daba á sus ignorantes lectores explicaciones, para que entendiesen obra tan maravillosa. La opinion pública varió completamente, y desde entonces fue este libro objeto de la atencion del mundo todo, y su autor de la envidia y persecucion de los demas autores sus contemporáneos.

Desde el año de 1606 hasta el fin de sus dias, vivió Cervantes en Madrid; en 1609 en la calle de la Magdalena, á espaldas de la duquesa de Pastrana, poco despues detrás de nuestra señora de Loreto; en 1610 en la calle del Leon; en 1614 en la calle de las Huertas, y en 1616 otra vez en la calle de Leon, esquina á la de Francos. En todos estos sitios padeció mucho de pobreza y abandono, desatendido de los poderosos, y envidiado de los que mas honra y provecho hubiesen alcanzado en protegerlo. Solo el conde de Lemos, poderoso señor, natural de Galicia, fue constante favorecedor de Cervantes, sin que los consejos de la envidia y los estorbos de la maledicencia, bastasen á entibiar su proteccion. Pero duele ver á Villegas y otros ingenios de aquel tiempo, acusar de ignorante y mal escritor al ilustre autor del Quijote, haciendo una mofa constante de su respetable ancianidad.

Cervantes empleó el resto de sus dias en escribir sus novelas, en las que hay mucha invencion y gracia; la segunda parte del Quijote, para oscurecer la gloria que quiso quitarle el personaje encubierto con el nombre de Avellaneda; el canto de Caliope; el viaje al Parnaso, y por fin su Pérsiles y Segismunda, que es, en verdad, digno de ser mas conocida de los literatos y estudiosos.

Con gran serenidad y calma murió el sábado 29 de abril de 1616.

Miguel de Cervantes, orgullo de los españoles, admirado de los extranjeros, menospreciado por sus contemporáneos, y deificado por la posteridad, es un ejemplo mas de la injusticia, ignorancia y ceguedad de los hombres que dejan morir de hambre al mismo, cuya estátua venerárán mas tarde. Sus obras están en todos los idiomas, y sus gracias en los lábios de todo hombre de mediano gusto.

Concluiremos estos apuntes, dando una nota de las principales ediciones de las obras de Cervantes, trabajo curioso para los aficionados, y que queremos evitar á nuestros lectores.

—El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Madrid, Juan de la Cuesta 1605. perg. en 4.°

Primera edicion del primer tomo de esta admirable novela, tiene doce hojas preliminares, 316 de testo, y el indice. Existen dos ediciones hechas con la misma fecha, en el mismo tamaño y por el mismo impresor; pero no es dificil distinguirlas: en la primera dice el título *con privilegio*: en la segunda hoja dice de un lado *tapa*, y del otro *testimonio de las erratas*. En la segunda á las palabras *con privilegio* siguen estas: de Castilla, Aragon y Portugal.

Ambas ediciones son escasas: y buscadas un ejemplar de la primera, unida á la segunda parte publicada en 1615 ha sido vendida en Londres por 42 libras esterlinas ó sean 4200 reales.

Esta primera parte ha sido reimpresa en Valencia por Pedro Patricio Mey en 1605, y en la segunda en casa del mismo impresor en 1616.

La cuarta edicion de la primera parte ha sido publicada en Lisboa en 1605; la sexta en Bruselas en 1607.

—El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. *Madrid. Juan de la Cuesta*. 1608 perg. en 4.°

Esta edicion ha sido muy corregida y enmendada, y ha servido para varias hechas en Bruselas y Milan, es la mas estimada de los curiosos. Hay algunos ejemplares con la 2.ª parte de Avellaneda, impresa en Tarragona por Fel. Roberto, 1614.

—Segunda parte. Madrid. J. de la Cuesta. 1615.

Primera edicion de la 2.ª parte.

—Primera y segunda parte del ingenioso D. Quijote. Barcelona, Leb. Matheoad, 1617-2 vol. 8.°

Primera edicion en que la que hayan sido impresas ambas partes en el mismo pueblo. Es rara, pero poco estimada.

—Vida y hechos del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. *London, Jonson*. 1738. 4 vols. en 4.°

Hermosa edicion adornada con estampas de Vertuc y Vander Guchs.

—La misma vida del ingenioso D. Quijote. *En Haya, P. Gosse*. 1744.

—La misma, *Amsterdam* 1755. 4 vol. 8.

Estas dos ediciones por muy buscadas por los dibujos de Solkema que las hermosean.—(El mismo editor *P. Gosse* ha impreso en el Haya en 1739, las *novelas* del mismo autor, 2 vol 8.°)

—El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, nueva edicion corregida por la real Academia Española. *Madrid, Joaquin Ibarra*, 1788. 4 vol. 4.°

Esta edicion es una joya de nuestra tipografia; enriquécela una vida de Cervantes y una análisis de su novela por Vicente de los Rios. En París se vendió en 1841 un ejemplar de esta obra en 225 francos.

—La historia de D. Quijote, con anotaciones, indices y varias lecciones, por D. Juan Boule. *London* 1781, 3 vol. en 4.°

Esta edicion es curiosa por la explicacion de los idiotismos y refranes de la obra.

—Vida de D. Quijote. *Madrid, Ibarra*, 1782. 4 vol. en 8.°

2.ª Edicion de la Academia.

—La misma. *En Madrid por la viuda de Ibarra*, 1787.

3.ª edicion de la Academia, con la introduccion de Rios.

—La misma, nueva edicion, con nuevas notas, con nuevas estampas, con nuevo análisis, y con la vida de autor, nuevamente aumentada por D. Juan Antonio Pellicer. *Madrid, Sancha*, 1797. 5 vol. en 8.°

Es esta una de las mejores ediciones del Quijote.

—La misma, *Madrid, Imprenta Real*, 1797, 6 vol.

—La misma, corregida de nuevo id. por Pellicer. Madrid, Sancha 1798.—1800.

—La misma *Bossange et Masson*. 1814. 7 vol. en 18.

—D. Quijote de la Mancha. Madrid 1819. 5 vol. en octavo.

Cuarta edicion de la Academia; contiene muchas notas y comentarios, y la vida de Cervantes por D. Martin Fernadez de Navarrete.

—El mismo, edicion en miniatura, enteramente á la última corregida y publicada por la Real Academia Española. *París en la imprenta de Jules Didot* 1827.—Edicion de mucho gusto y objeto de extremada curiosidad, hecha bajo la direccion y á expensas del señor D. Joaquin María de Ferrer.

—El mismo, segunda edicion en miniatura, por don Joaquin María de Ferrer. *París, en la imprenta de J. Didot*, 1832, con una portada grabada y lindas viñetas.

Hermosa edicion, mas estimada todavia que la anterior, debida igualmente al buen gusto y bolsillo del señor de Ferrer.

—D. Quijote de la Mancha, comentado por D. Diego Clemencin. Madrid 1833. 7 vol. 4.°

Estos excelentes comentarios son, no solo un estimado trabajo filológico, sino un cuadro exacto de las costumbres de España en tiempos de Cervantes.

—Novelas ejemplares de Miguel de Cervantes. Madrid, Juan de la Cuesta, 1613.

El señor Salvá decia en 1828, que no conocia en España ni un solo ejemplar de esta primera edicion de las novelas. En París, no obstante, hay varios.

—Novelas ejemplares. *Madrid, por Juan de la Cuesta*, 1614.

Segunda edicion poco comun.

—Novelas ejemplares. *Pamplona*. 1614.

—La misma, *Pamplona. Nic. de Assiayn*. 1617.

—La misma, *Bruselas*. 1614.

—La misma, *Milan*. 1615. en 12.°

Novelas ejemplares. *Madrid*. Antonio de Sancha, 1783. 2 vol. en 8.°

—La misma, Madrid, 1822. La primera impresa en España que contiene *la tia fingida*, novela publicada por primera vez por García de Arrieta en 1814.

—Los trabajos de Pérsiles y Segismunda. Historia septentrional. Madrid. Sanchez, 1781. 2 vol. 8.°

—La misma, Madrid. Sanchez, 1802.

—Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados; por Mig. de Cerv. Saav.—*Madrid, viuda de Alonso Martin*, 1615: pérg. en 4.°

Un ejemplar de esta edicion, hoy muy rara, ha sido vendido en Londres, por 6 libras esterlinas ó sean 30 duros.

—Comedias y entremeses de Mig. Cerv., *Madrid* 1749 2 vol. en 4.° —Edicion rara.

—Viaje al Parnaso. Publícanse ahora de nuevo una trajedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes, aquella intitulada Numancia; esta el trato de Argel. *Madrid, Sancha*, 1784. en 8.°

—Los seis libros de la Galatea.—Hé aqui las mas notables ediciones de esta obra.

Madrid, 1584.
Alcalá, por *Juan Gracian*, 1585.
Valladolid, 1617.
Barcelona, 1618.
Paris, 1611.
Madrid, Sancha, 1784.

Estas son las mas importantes ediciones hechas en español de las obras de Cervantes. De ellas se deduce, con cuánto afan han han sido buscadas y reimpresas en todos los puntos de Europa. Nada diremos de las traducciones que son muchas de estos inimitables libros, que no han despertado todavía la aficion de ningun editor, para ser reunidos en una sola edicion esmerada y correcta.

Para estos apuntes nos hemos valido de los catálogos de Salvá, de Laserna Santander, Brunet y otros bibliófilos, al mismo tiempo que de nuestros propios recuerdos, que es imposible ser español, amar las letras, y no recoger con avidez cuanto dice relacion con las obras inmortales de Miguel de Cervantes Saavedra.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

HISTORIA.

MÓTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO I.

El reinado de Cárlos III tan benéfico para España, tan propicio á las artes de la paz, y en todo género de glorias tan fecundo y memorable, no dejó de experimentar, sobre todo en sus principios, contrariedades y borrascas que sobresaltando el ánimo de aquel rey, fueron causa de que en lo sucesivo procediera á veces con mas rigor del que á su bondadosa índole convenia. Uno de los acaecimientos mas curiosos de este tiempo fué el que sirve de epígrafe al presente artículo, la conmocion del pueblo madrileño el año 1766; mas como quiera que las causas que la produjeron solo pueden deducirse de conjeturas mas ó menos fundadas, tendremos que apuntar antes algunos pormenores que guardan cierta conexion con el asunto, aunque para ello sea preciso retroceder á época mas distante.

Muerto Fernando VI sin sucesion en 1759, pasó la corona de España á su hermano Cárlos, soberano de las Dos Sicilias. Nuestra nacion podia compararse entonces á las mas florecientes: las ciencias y las artes, el comercio y la agricultura, cuantos elementos constituyen el poder y la dicha de un estado, habian recibido prodigioso acrecentamiento; y mientras cundia por la Europa toda el incendio de la guerra, mientras Francia se lamentaba de las derrotas de sus ejércitos, del destrozo de sus naves y de la pérdida de importantes posesiones arrebatadas en Quebec por la prepotencia inglesa; reposábamos nosotros entre las dulzuras de la paz, y surcaban sin zozobra alguna los mares cuarenta y nueve navíos y veinte y una fragatas con que contaba á la sazon nuestra marina. Tan lisonjeros resultados se debian principalmente al bello sistema de neutralidad planteado y sostenido con invencible teson por el buen Fernando; príncipe moderado, prudente y justo, que logró comunicar á la nacion el sosiego en que vivia, redimirla de los quebrantos padecidos, y merecer el renombre de padre de sus vasallos.

Cuán grande fuese el sentimiento de estos por tan temprana pérdida, no es menester encarecerlo; pero se aumentaba su tristeza á medida que el temor, nuncio siempre de desastres, iba ganando los ánimos, y representándoles entre confusos nublados el cuadro de lo futuro. Recordaban uno á uno los beneficios de que eran deudores á aquel monarca; contemplaban embebecidos los monumentos artísticos que legó á la posteridad su munificencia, y hacian partícipes de sus elogios al fiel ministro Carvajal y al célebre marqués de la Ensenada; al primero porque habia fallecido sin desmerecer del favor de su soberano, y al segundo porque vivia aun tolerando la amargura de su desgracia. Pasando luego á consideraciones mas profundas, examinaban el gran principio en que cimentó Fernando la política de su gobierno, el de la mas estricta neutralidad, y no hallaban elogios bastantes con que ensalzarlo; pues decian que si la Francia hallando infructuosas todas sus tentativas, procuró una vez introducirse en el sagrado de su conciencia, supo responderla dignamente deponiendo á su director espiritual el padre Rábago; y que si Mister Keen, el embajador inglés, tocó para ponerle de su parte cuantos resortes le sugirió su astucia, tampoco recibió mas que desaires; de suerte que en la actual contienda que tenia divididos los esfuerzos é intereses de las demas naciones, solo España aparecia independiente y noble.

Por último descendiendo al punto principal en que ahora se ocupaban, cada cual aducia sus razones para venir á demostrar que el nuevo rey emprenderia diverso rumbo. Quién sostenia que la inaccion que le obligo á observar como rey de Nápoles en 1742 la escuadra inglesa del Mediterráneo, le habia infundido un ódio mortal á la Gran Bretaña; quién por el contrario afirmaba que á consecuencia del servicio que le prestó mas adelante el ministro inglés Pitt, descubriéndole el plan fraguado para arrebatarle la corona de España, se habia convertido á favor de aquella potencia y enemistádose con los Borbones: y los mas reputaban como siniestro agüero el desprecio con que trató á su buen hermano cuando no solo se negó á acceder al tratado de alianza de Italia, sino que seducido indudablemente por las lisonjas de la córte francesa, prefirió su union á las ventajas que la de España le prometia.

Suele ser el pueblo muy sagaz en escudriñar los secretos del porvenir, mas tambien se manifiesta excesivamente obstinado en sus opiniones, dejándose llevar casi siempre del instinto de la costumbre. Asi en el presente caso creia cifrada la felicidad de España en la persona de Fernando VI, y su ciega adhesion á este monarca le preocupaba de antemano contra la conducta de su sucesor.

Puestas en órden las cosas de Nápoles, y arreglada la sucesion de su corona, dióse á la vela Cárlos III para España y desembarcó sin contratiempo alguno en el puerto de Barcelona. Allí restituyó á los catalanes algunos de los fueros suprimidos por Felipe V, y queriendo dejar memoria duradera de su advenimiento, hizo merced á los naturales del Principado y á los pueblos de Aragon y de Castilla del descubierto en que se hallaban en el pago de contribuciones. Llegado que hubo á la Córte, se enteró prolijamente de la situacion del reino, examinó las personas que le rodeaban y alzó el destierro al marqués de la Ensenada, permitiéndole fijar en Madrid su residencia. Con estas generosidades pretendia captarse desde luego el afecto de sus vasallos.

No eran estos insensibles á los favores del buen monarca, mas tampoco daban enteramente de mano á sus recelos, antes bien los concibieron mayores al ver que por colocar en el ministerio de Hacienda al marqués de Squilace ó Esquilache, como decimos nosotros, napolitano de nacion y muy querido del rey, se exoneraba de aquel empleo al conde de Valparaiso. Esto bastó para que comenzasen á correr entre el vulgo hablillas y murmuraciones, y para que se cobrase á la persona del marqués mayor ojeriza que á ningun otro, porque el pueblo español no quiere ver extranjeros en sus destinos, vengándose asi de ellos por el injusto desprecio con que le tratan.

Ciertamente militaban en favor de esta resolucion razones de mucha fuerza, y á falta de otras bastaba la de que para cargos de esta especie debe valerse el poder de personas de su confianza; y claro es que el nuevo Soberano no conociendo á Valparaiso, naturalmente debia inclinarse al lado del extranjero. Por esta vez sin embargo reprimieron los ánimos su disgusto, aguardando á que nuevos sucesos justificáran sus sospechas ó desarmasen su oculto enojo; mas por desgracia los que fueron sobreviniendo, dado que muchos de ellos se juzgaban inconsideradamente, parece que concurrieron á concitar de propósito las pasiones.

El primero y principal tuvo lugar en el siguiente año, y es célebre en la historia con el nombre de *pacto de familia*. Era una alianza ofensiva y defensiva entre España, Francia y las Dos Sicilias, en virtud de la cual formaban causa comun estas potencias y prometian rechazar la agresion que experimentasen de cualquiera otra. Cárlos se dejó llevar demasiadamente en esta ocasion del afecto que á su familia profesaba, pues por mas naturales y necesarios que sean siempre los vínculos de las dos naciones que divide el Pirineo, por mas temores que inspirase la ambicion inglesa respecto á nuestros dominios de América, á la sazon semejante pacto equivalia á una declaracion de guerra, y la guerra ninguna ventaja podia proporcionarnos, cuando por el contrario eran tantas y tan palpables las que de la pacífica neutralidad nos resultaban. La consecuencia inmediata de esta resolucion era que ó provocásemos ó fuésemos provocados á la lid con la Gran Bretaña; y en efecto, á poco tiempo viéronse en grave riesgo los galeones del Nuevo Mundo con los tesoros que conducian á nuestros puertos; hubimos de invadir el vecino Portugal sin fruto alguno, y perdimos dos posesiones tan importantes como la Habana y Manila, donde los vencedores pudieron saciar su ambicion de riqueza y gloria.

La paz concluida en 1763 entre los Borbones é Inglaterra nos restituyó las anteriores conquistas á trueque de ceder la Florida, la bahía de Panzacola y ciertos derechos exigidos por el inglés que dieron despues motivo á contestaciones desagradables. Los que habian manifestado inquietudes por lo futuro, los descontentos y los que codiciaban algun aplauso por el acierto en sus pronósticos, comenzaron nuevamente á sembrar especies que si por el pronto no influian en la tranquilidad pública, podian ocasionar mas adelante discordias y alteraciones; sin embargo de que el rey sabia neutralizar el mal efecto de todos estos contratiempos y acallar las quejas de los que los deploraban restableciendo el crédito de la nacion y creando institu-

ciones que sirviesen como de base á su futura prosperidad y engrandecimiento. Fundó la lotería á beneficio de los hospicios y otros establecimientos piadosos; sociedades patrióticas ó de amigos del pais en las principales ciudades del reino para el cultivo de los estudios científicos é industriales; academias militares para la instruccion de los cadetes en Cádiz, Barcelona, Oran y Ceuta, y un colegio de artillería en Segovia que ha dado en todos tiempos oficiales sobresalientes en tan noble arma.

Continuaba á la sazon en el ministerio de Estado don Ricardo Wall, que en tiempo de Fernando VI habia sucedido en este destino á don José Carvajal, ya difunto, como hemos insinuado: el cual ó porque realmente no aprobase la conducta política del monarca, ó porque ambicionase mayor influjo del que tenia al presente, ó en fin, por no indisponerse con los que se contemplaban agraviados, resolvió hacer dimision del ministerio. Opúsose el rey á ello; mas fueron sus instancias tantas, y tan eficaz el artificio de inflamarse aparentemente los ojos y suponerse afectado de contínuos vértigos, que al cabo accedió el rey á su solicitud, dándole permiso para retirarse á Granada. Entró en su puesto el marqués de Grimaldi, genovés, antiguo embajador de nuestra corte en la de Francia, y muy protegido del marqués de la Ensenada en otro tiempo. De ambos se dice que renovando la pasada amistad, proyectaron derribar á Esquilache; mas que no pudiendo lograrlo, asi por el afecto que el rey le tenia, como por el crédito de que gozaba con algunos de los cortesanos, hubieron de renunciar á su propósito hasta ocasion mas oportuna. Con esto eran ya dos extranjeros los que al lado del monarca entendian en la direccion de los negocios.

Los debates ocurridos por entonces con motivo de la restitucion de la colonia del Sacramento á los portugueses, y la inesperada cesion que hizo de ella el año 65 el ministro Grimaldi, asi como los disturbios movidos en Méjico á causa de la alteracion del sistema de impuestos en América, comenzaron á atizar el fuego que ocultamente se alimentaba. La explosion sin embargo no se verificó hasta el siguiente año.

Era el pueblo de Madrid honrado y pundonoroso, amante de su rey, como lo habian sido sus abuelos, celoso observador de sus costumbres, y enemigo por consiguiente de todo el que intentara cercenar la libertad que miraba como vinculada en ellas. Su natural franqueza y docilidad contribuian al pacífico carácter que forma una de sus principales alabanzas; pero en vengar los agravios y defender su honor cuando se creia ultrajado, mostrábase resuelto y valiente, á veces soberbio y cruel en demasía. El marqués de Esquilache desempeñaba ahora los ministerios de Hacienda y Guerra, y estaba encargado ademas del ramo de industria pública, policía de la corte y todos los pertenecientes al régimen interior. Habia hecho en estos últimos reformas muy útiles y acertadas, tales como el alumbrado y limpieza de las calles de Madrid, que no pudieron menos de elogiar todas las personas sensatas é ilustradas; mas por otra parte, y casi al propio tiempo, concedió un privilegio de monopolio para el abasto, que encareciendo el precio de los comestibles, fue muy mal recibido de las clases menesterosas. Pagóse sin duda únicamente de los aplausos, y viendo cuánto disgustaban al rey muchos de nuestros usos, resolvió llevar adelante el espíritu innovador, tratando de acomodar el traje nacional á la moda de otras partes y al gusto de sus ideas. No sabia cuánto arriesgaba en semejante determinacion, ni conocia que la animosidad de sus contrarios tomaria este pretexto para derribarle.

El traje del pueblo madrileño á la sazon se componia de chaqueta larga, chupa, calzon y media de lana ó hilo, zapato sin hebilla en lo general, el pelo atado, ó sujeto mas bien con redecilla ó cofia, sombrero redondo, comunmente llamado gacho, y capa larga que bajaba hasta los

talones. Contra esta y el sombrero tenia especialmente Esquilache una aversion irresistible; á la verdad daban á la persona aspecto poco garboso, pues un hombre envuelto en la capa y con el gacho metido hasta las cejas apenas conservaria similitud de forma humana; mas las prescripciones relativas á los trajes siempre llevan en sí alguna cosa de ridículo, á no ser que con ellas se traten de enmendar vicios ó abusos perjudiciales. Apareció pues el 11 de marzo de 1766 un real decreto expedido en el Pardo, por el cual prohibia S. M. el uso del sombrero redondo y capa larga, el gorro y la redecilla en paseo público, y mandaba al propio tiempo que se llevase sombrero de tres picos y cabriolé ó capingot, y en caso de gastar capa que no llegase al suelo con una cuarta. Los infractores eran multados con seis y doce ducados, y con pena de destierro si reincidian por segunda vez.

Enterarse la plebe del bando y prorumpir en imprecaciones y denuestos parecian cosas muy naturales; pero fijar al punto un pasquin en la puerta de Guadalajara con terribles amenazas al ministro, arrancarlo inmediatamente la justicia, obstinarse el paisanaje en vestir como antes y los alguaciles en coger gente, llevarlos á la cárcel, sacar multas y recortar las capas que no estaban arregladas á la medida propuesta, eran amagos de otro golpe futuro mas ruidoso y formidable.

Con efecto el pueblo tomó ya la resistencia por punto de honra, y llegó su resolucion hasta el extremo de formar unas ordenanzas con fecha 12 de marzo en que se establecia la insurreccion como una ley, y se prefijaban las bases con que debia llevarse á cabo. Es este documento tan peregrino, que no resistiriamos á la tentacion de trasladarlo aquí, si no fuese ya bastante conocido y los límites de este escrito lo consintieran. Las personas que componian el partido insurgente tomaban el nombre de *cuerpo erigido por el amor español en defensa de la patria*; su divisa era la ley divina, el rey D. Cárlos III y el bien de la patria; sus fines *abolir y quitar ciertos sugetos perjudiciales á la monarquía*. Fijábase la señal que debia preceder al levantamiento; aconsejábanse los medios conciliatorios, y si estos no bastaban, se permitia usar desde los mas suaves hasta los mas ásperos y violentos; se prescribia el secreto bajo juramento, prometiendo, caso de que los contrarios encarcelasen á alguno, mantener sus hijos, mujer, madre y de mas familia, *para que el temor no los acobardase*; condenábase á ser pasado por las armas al que cometiese una accion de villano; se ordenaba que si el rey no accediese á los ruegos del pueblo y tuviese éste que hacer la justicia por su mano, no quedase vida alguna de los traidores que aconsejaban á S. M.; que á ningun otro vecino se le perjudicase en lo mas leve, y se abonáran los daños que necesariamente se hiciesen para excitacion de los ánimos, prohibiéndose continuar en aquel cuerpo á todo el que cometiese escándalos; y finalmente se mandaba pedir la cabeza del marqués de Esquilache, y en caso de ser cómplice suyo, la del marqués de Grimaldi. Principios eran estos que mostraban bien á las claras lo que se seguiria.

Varios dias trascurrieron sin otra novedad notable: acercábase la Semana Santa, y era de presumir que llamada la atencion del pueblo hácia las festividades de la iglesia, no llegaria á turbarse el sosiego de la córte. Del mismo modo se pasó la mañana del domingo de Ramos, que este año cayó en el 23 de marzo; mas serian las cinco de la tarde cuando el oficial de la guardia del cuartel de inválidos, situado entonces en la plazuela de Anton Martin, reparó en un hombre que con sombrero gacho y capa larga se paseaba sosegadamente. Acercóse á él y le dijo:—*paisano ¿nó sabe Vd. la órden de S. M?*—*La sé*, respondió el embozado.—*Pues ¿por qué no la obedece Vd. y se quita eso?*—*Porque no me dá la gana*, replicó nuevamente sin turbarse. Llamó el oficial á los soldados; salieron estos; el paisano tiró de una espada que llevaba oculta y se fué hácia ellos, y dando al mismo tiempo un silbido, acudieron en su auxilio y con armas unos treinta hombres que allí cerca estaban emboscados: lo cual visto por los soldados y el jefe, juzgaron conveniente retirarse al cuartel y dejarles el campo libre.

Esta puede decirse que fué la señal del levantamiento. Formados los paisanos en ala, se dirigieron la calle de Atocha arriba á los gritos de ¡viva el rey, viva España y muera Esquilache! Detenian á cuantas personas encontraban, obligándolos á repetir sus voces, á desapuntar los sombreros si los llevaban de picos, y á incorporarse con ellos para que aumentasen el tumulto. De esta suerte llegaron á la plaza Mayor, donde reunidos con otro grupo que desde la plazuela de la Cebada venia dando los mismos gritos, tomaron la puerta entonces di-

cha de Guadalajara. Encontráronse allí con el duque de Medinaceli, que como caballerizo mayor del rey, venia de palacio con su coche: llegáronse á él y le dijeron que era menester volviese á palacio á decir al rey que el pueblo pedia la cabeza de Esquilache; y aunque el duque mostró alguna repugnancia, tuvo que condescender y dar al punto la vuelta, seguido de un inmenso gentío que á cada paso se acrecentaba.

No se habia dado hasta ahora señal alguna de agresion por parte de los amotinados, ni se creia que osasen apelar á las armas para el logro de sus intentos: asi que se contentó el rey con venirse inmediatamente de la casa de campo donde estaba cazando, y con dar órden á los guardias de corps y á los guardias españolas y walonas, única tropa que habia en Madrid, para que no hiciesen uso de la fuerza. Oida la comision de Medinaceli, respondió que se aquietase á los amotinados con buenas razones y se les diese alguna esperanza con que entretenerlos, para ver en este tiempo lo que debia hacerse. Ocupaban ya la plaza de Palacio mas de tres mil personas que sin temor á la guardia, ni reparo al lugar en que se hallaban, proseguian gritando con ahinco, pidiendo la vida de Esquilache, y desfogando su furor en palabras injuriosas; tanto, que fué menester cerrar la puerta del real alcázar; y viendo que no cesaba, sino que por el contrario iba aumentándose cada vez mas el griterio, salió el duque de Arcos, capitan de guardias de corps, y en nombre del rey les dijo que se tranquilizaran y retirasen, que lo que pidiesen se les otorgaria: á lo cual replicaron todos á un tiempo con las voces de ¡viva el rey y muera Esquilache!

Cansados ellos mismos de tanto escándalo, fueron saliéndose de la plaza, y se repartieron en cuadrillas para recorrer todos los barrios y calles de la capital. Un tropel de mas de mil personas se encaminó á la casa del ministro su enemigo, que estaba al fin de la calle de las Infantas, y era la llamada de las Siete chimeneas. Fortuna fué del buen marqués no hallarse casualmente en ella, pues estaba de campo, y tan ajeno de lo que pasaba, que cuando llegó á la puerta de Alcalá y se enteró de la causa del motin, tomó la Ronda adelante, segun afirman algunos, y á buen paso se metió en palacio por la entrada del campo del Moro: el pueblo sació su rabia allanando su casa y llevándose lo que encontraron de comer pues aunque intentaron pegarla fuego, desistieron de tan mala idea y se contentaron con hacer pedazos todas las vidrieras. Esta misma suerte tuvieron la del marqués de Grimaldi, que habitaba en la calle de San Miguel, y la del Sr. Rojas, obispo de Cartagena y gobernador del Consejo, que la tenia en frente de las monjas de Santo Domingo el Real.

Roto una vez el freno de la obediencia, no perdona el populacho ni aun las cosas que le son mas útiles: y asi acordándose de los faroles del alumbrado comenzaron á quebrarlos todos, diciendo que no habia de quedar ni aun aquel recuerdo del traidor napolitano; solo respetaron los que tenia en su manzana la casa del duque de Medinaceli, que á este señor miraban todos con particular afecto. Luego que llegó la noche se proveyeron de hachones con que alumbrarse. Detenian á cuantos coches encontraban y metian dentro las luces para reconocer quién iba en ellos, obligando á desapuntar los sombreros á todo el mundo, aun á los cocheros y lacayos. Halláronse una vez con el embajador inglés, y queriendo dar sin duda un testimonio público de sus opiniones, prorumpieron en aquel dicho vulgar de *con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra*, en lo cual seguramente anduvieron mas que políticos, oportunos. Al fin por lo avanzado de la noche y por el cansancio del dia determinaron recogerse, y cada cual se encaminó á su casa con firme propósito de no abandonar la empresa, á menos que el monarca no diese oidos á sus clamores.

Sin embargo pasáronse tranquilamente las primeras horas del siguiente dia: discurria el populacho por las calles, y todos con sombrero de tres picos, aunque muchos con armas, otros con palos y piedras, de las que pudieron hacer suficiente acopio en la plaza Mayor, que á la sazon se estaba empedrando. Confiados quizá en que el rey les daria alguna satisfaccion, permanecieron al principio silenciosos, mas viendo los principales puntos ocupados en hostil apariencia por la tropa, volvieron á los gritos del dia anterior y á ponerse los sombreros gachos, que era como enarbolar nuevamente la bandera de la discordia. Esta disposicion tan poco lisonjera de los ánimos vino á exasperarse por una imprudencia de los walones, cuyo carácter de extranjeros los hacia tambien bastante odiosos á los amotinados. Un piquete que habia inmediato al arco de Palacio hizo fuego sin saberse con qué motivo, y cayeron dos mujeres, una muerta y otra herida. Acometiólos la plebe furiosamente; se apoderaron del soldado á quien creyeron autor de estas desgracias, le mataron á pedradas, y no sabiendo cómo saciar su cólera, llevaron arrastrando su cadáver por la calle Mayor y puerta del Sol, y por las calles de la Montera y de Carretas. A la entrada de esta última habia otro piquete de walones, los cuales se mantuvieron quietos á pesar del triste espectáculo que tenian delante y de los insultos que se les dirigian; mas no fueron tan sufridos otros que estaban en la plaza Mayor, pues al ver la inhumana complacencia de aquella turba, dispararon sus fusiles, y en un instante se vieron destrozados y dispersos. Uno murió allí mismo, y su cuerpo fué arrastrado hasta la puerta de Toledo donde intentaron quemarle: dos que iban huyendo perecieron en la calle de las Fuentes, y otros dos al entrar en la plazuela de Santo Domingo. En el cuartel de la de Herradores acontecieron tambien desgracias. Felizmente se habian precavido hasta ahora estos desastres, pero una vez sucedidos, no era fácil preveer á qué número llegarian.

Sobresaltóse el rey con la nueva de tales ocurrencias, porque no esperaba tanto furor y atrevimiento del paisanaje; y como quien se ve cercano á un grave riesgo, acudió al punto á oir el dictámen de sus consejos y de varios personajes que se habian reunido en el palacio. La primera resolucion fue despachar correos para que sin demora viniesen los regimientos que estaban mas próximos á la capital: y por si el pueblo se daba á partido buenamente, se determinó despues que saliesen á tranquilizarle dos sugetos que mereciesen su confianza. En su consecuencia fueron elegidos el duque de Arcos y el de Medinaceli, que en efecto salieron por la calle Mayor hasta la puerta del Sol, escoltados por un piquete de guardias de corps. Ambos procuraron calmar la irritacion de los ánimos con blandas palabras y promesas de que S. M. les concederia cuanto pidiesen; mas al poner por condicion que dejasen pasar tres dias, no pudieron proseguir hablando: el innumerable auditorio que los escuchaba comenzó á dar voces de desaprobacion que los obligaron á retirarse.

Viendo ineficaz este medio, se apeló á otro mas ingenioso. Habia en el convento de San Gil un famoso misionero público llamado el padre Cuenca, de gran prestigio para con el pueblo. Este se encargó de apaciguar el motin, y con un crucifijo en la mano, una soga al cuello, y en la cabeza una corona de espinas, se asomó á un balcon que caia junto á la puerta de Guadalajara. Prestóle atencion el populacho; mas al ver el rumbo que daba á su discurso: «déjese de predicarnos, padre, le dijeron, »que somos cristianos por la gracia de Dios, y lo que »pedimos es cosa justa.» Varió entonces de tono el religioso, y les manifestó que iria á hablar con el rey si le decian lo que solicitaban; lo cual oido por uno que en el hábito parecia clérigo, contestó que él extenderia la peticion, si lo tenian á bien; y aprobándolo todos, sacó papel y tintero, y leyó á poco rato las condiciones siguientes:

1.ª Que salga desterrado de España el marqués de Esquilache con toda su familia.—2.ª Que salgan asimismo de la corte los guardias walonas.—3.ª Que hayan de ser españoles los ministros de S. M. —4.ª Que el pueblo vista segun su costumbre. —5.ª Que se quite la junta del abasto y se pongan los víveres por obligados.—6.ª Que se bajen los comestibles, y salga S. M. para dar palabra de cumplirlo.

Oyó el concurso estos capítulos con grande algazara y muestras de beneplácito, y tomándolos el padre, se dirijió á palacio para presentárselos al rey. Todos esperaban impacientes el resultado, cuando á poco tiempo volvió el mismo padre diciendo que S. M. otorgaba cuanto pedian; mas que no juzgaba prudente dejarse ver de sus vasallos en el estado de alteracion que los ánimos experimentaban: que fué mostrar una desconfianza de que necesariamente debia ofenderse el pueblo; si bien reflexionado el caso detenidamente, no estaba demas tanta cautela, en primer lugar porque no era fácil conocer aun, siendo tan fútil á primera vista, el verdadero designio de la conmocion, y despues por el carácter de esta y por el inmenso número de personas que la componian, entre las cuales se hallaban las mas bajas de la plebe, y hasta las mujeres de la galera, á quienes se habia dado suelta sin duda para que hiciesen bulto en el motin, y con sus gritos alentasen á la muchedumbre.

Cuando mas acalorados estaban los revoltosos, salieron por las calles tres alcaldes de corte con varios alguaciles y un escribano, y fijaron carteles en que mandaba el rey se rebajase dos cuartos en pan, tocino, aceite y jabon, que eran los artículos mas subidos, pues el pan valia á doce cuartos, la libra de tocino á veinte, y el aceite y jabon á diez y ocho; mas esta rebaja lejos de satisfacer al pueblo, se tuvo por muy mezquina; y como la energía de las pasiones en tales casos no permite expresarse por indicios, sino por obras, hubo algunos tan insolentes, que á vista y paciencia de los alcaldes arrancaron los carteles y los hicieron trizas.

Esto encendió la cólera del rey, é irritó sobremanera á varios de sus consejeros que andaban hasta entonces indecisos y aun temerosos. El duque de Arcos, capitan de guardias de corps de la compañía española, y el conde de Priego, coronel de guardias walonas, opinaron que debia llevarse todo á sangre y fuego, y sujetar al pueblo con las armas: voto nada extraño en el conde, que ademas de ser francés, hablaba como resentido de los ultrajes hechos á su cuerpo, y asi no pareció tan vituperable como el del duque: pero á todos venció la templanza del marqués de Sarriá, coronel de guardias españolas, el cual con prudentes razones, y con poner delante de los ojos los males que acarrea un rigor extemporáneo, desbarató los argumentos de aquellos é hizo renacer en el pecho del rey sus sentimientos generosos.

Salió pues S. M. á uno de los balcones de palacio, despues de haber ordenado que se dejase entrar en la plaza á todo el mundo, y fue tal el gentió, que con ser aquel sitio tan anchuroso, quedó mucha gente fuera. El padre Cuenca se colocó en otro balcon inmediato con un papel en la mano, y haciendo seña para que callasen, pues todo era vivas y confusion y aclamaciones, quedó la plaza en el mayor silencio. Leyó entonces el papel, que era el de las peticiones, y el rey las aprobó todas en alta voz, prometiendo ademas que se bajarian cuatro cuartos en cada libra de los mencionados artículos, para cuyo cumplimiento empeñó su real palabra. Decir los estremos de alegría á que se entregó con este motivo aquel inmenso auditorio seria tan prolijo como imposible. Las voces de ¡viva el rey! repetidas una y cien veces con indecible entusiasmo; los

aplausos expresados por cada cual á su manera, los sombreros volando por el aire en la mas extraña confusion; todas aquellas almas entregadas á un mismo afecto, todos aquellos rostros explicando una misma idea; finalmente aquel movimiento universal y aquel interminable griterio debian infundir tanto mayor júbilo, cuanto mas lamentables eran las desgracias ocurridas y mas fundado el temor de que se empeñase una lid sangrienta. Cárlos no vió en aquel pueblo la implacable ferocidad del tigre sino la índole generosa del leon, y se mostró sensible á espectáculo tan interesante. Con tan dulces momentos hace olvidar el cielo á los príncipes las amarguras de su destino.

Y ciertamente en el punto á que habia llegado el levantamiento, no habia sino motivos para lisonjearse. El populacho que con tanta audacia habia dado el grito de rebelion, que creia justas sus pretensiones, vulnerado su honor y sus intereses comprometidos, trocaba de pronto en pacífica alegría por una mera palabra del rey sus resentimientos; y el soberano que con diversos pretextos se habia negado antes á las exigencias de un motin, hacia ya imposible toda discordia accediendo á ellas. Un recelo quedaba sin embargo que no podian menos de abrigar cuantos pensasen con discrecion: el pueblo habia conseguido una verdadera victoria; el poder sucumbia despues de haber hecho ostentacion de su fuerza; este quedaba en el concepto de vencido, y aquel como triunfador. La alianza pues que de esta nueva situacion resultaba no podia ser duradera, porque el uno adquiria la superioridad y aun el prestigio de que el otro se despojaba, reflexiones que indudablemente se ocurririan al monarca y á sus consejeros; en cuyo caso se apresurarian, sino á retirar la palabra dada, porque semejante inconsecuencia no cabia en el ánimo de Cárlos, al menos á manifestar cierta indiferencia y rencor que excitarian otra vez la desconfianza de los vencedores.

Las calles de la capital ofrecian en la noche del 24 un aspecto enteramente opuesto al de la anterior: los hombres con hachas encendidas y las mujeres con palmas en las manos celebraban entre alegres canciones y vivas su triunfo. La córte empezaba á oir con disgusto el incesante clamoreo del vulgo: despues veremos cómo la imprudencia de esta suscitó nuevos escándalos y disturbios, y cómo el jubilo y aclamaciones se cambiaron al siguiente dia en furor y enemigo estruendo.

CAYETANO ROSELL.

ESPATOLINO.

IX.

Dejando á nuestra heroina continuar su viaje en compañía del complaciente Pietro, nos trasportaremos por algunos minutos á las selvas magestuosas, que hemos descubierto con vista de águila desde uno de los extremos de la mezquina poblacion de *Porto d'Anzio*.

El cielo despues de descargar una escasa lluvia entre estrepitosas centellas y multiplicados relámpagos, se iba despejando gradualmente. Las negras nubes impulsadas por el viento, se alejaban con lentitud tendiéndose, á manera del luctuoso dosel de un inmenso catafalco, sobre las espumosas olas del turbulento mar, y algunas estrellas comenzaban á aparecer diseminadas por aquella parte del firmamento que cubria con su manto azul oscuro el verde amarillento de las seculares encinas de Nettuno, sensible ya á la triste influencia del Otoño.

El rayo acababa de abatir algunos de aquellos gigantes de la vegetacion y sus míseras ruinas servian de alimento á una grande hoguera, al rededor de la cual formaban círculo catorce ó quince hombres, que alteraban con sus discordantes voces el grave silencio de aquel lugar solitario.

Sus caballos, atados á los troncos de los vecinos árboles, acompañaban con agudos y prolongados relinchos la viva conversacion que sostenian sus amos; pero sobre todos aquellos sonidos, mas ó menos ingratos, dominaba la solemne voz del Océano, digna únicamente de hacerse oir en el seno de aquella agreste soledad.

La luz rojiza de la hoguera reverberando en el verde lustroso de los árboles, esparcia una claridad tornasolada sobre aquellas figuras humanas, que presentaban entonces un no sé qué de fantástico: y cuando vigorizada la llama por los soplos del viento, que se abria camino al través del ramaje, se elevaba súbitamente en oscilante columna, sus reflejos de un dorado sanguíneo rodeaban aquellas cabezas características con una aureola singular, á la vez brillante y fúnebre.

Una gran bota de esquisito vino de Gensano circulaba de mano en mano, pero las frecuentes libaciones no interrumpian el animado diálogo.

—Repito, camaradas, decia uno que parecia de mas edad que los otros, repito que *aquel hombre* se ha vuelto distinto de lo que era. ¿Cuándo, hasta el presente, se le habia visto mandarnos á una expedicion arriesgada y quedarse muy seguro entre cuatro paredes?

—Y luego, observó moviendo la cabeza un mozo de fisonomía atrevida, vendrá muy satisfecho á reclamar la mejor parte del botin. Esa es una injusticia, teniente Roberto, y no debes consentirla.

—Silencio, *Baleno*! (1) dijo el teniente, que era el mismo que habia hablado primero. *El* suele aparecerse cuando menos se le espera, y ademas tiene unas orejas que recojen los sonidos á dos leguas de distancia.

Bah! repuso con osadía Baleno: ahora estará muy calientito bajo las sábanas, haciendo arrumacos á aquella muñequilla de alfeñique que ha encontrado, no sé en donde. Por mi parte no tengo aprension del privilegio de sus oidos, y repito que no debemos darle ni la menor parte en el botin de esta noche. El provecho pertenece exclusivamente á los que arrostraron el peligro.

—Baleno habla como un Salomon, dijo otro; aquel pícaro á quien le apagué el resuello para siempre de un solo golpe en la cabeza, me disparó un pistoletazo á quema ropa: aquí está este que no me dejará mentir, (añadió extendiendo su brazo izquierdo, herido y ensangrentado): todos hemos padecido, cual mas, cual menos, lo bastante para merecer el botin sin que nadie nos lo cercene.

—*Sangue della Madonna! Si braccio di ferro* (2) ha recibido un rasguño, mirad mi frente partida como una calabaza.

—A mi me mataron mi caballo; mi pobre caballo *piè di cervo*! (3) aquellos malditos gigantes que hablaban una lengua que jamas habia oido yo sino á las aves nocturnas.

—Voto á brios! ¿qué teneis que decirme de los contratiempos de esta empresa, á mi que mas que ninguno he trabajado por su éxito? Amigos, conozco que es muy justo que no cedamos á criatura humana ni la menor parte de nuestros derechos; pero ¿cómo impedir que *él* atienda á su conveniencia antes que á la justicia?

Tu, *Roberto il Fúlmine*, (4) tu eres quien debes decirle que no consentimos en ser despojados de lo que nos corresponde.

—¡Bonito es el capitan para recibir la ley de vosotros! ahorcaria del árbol mas alto al primero que le dijese—negros ojos tienes. ¡Voto á Júpiter! es un gusto oir como charlais cuando *él* está ausente, y apenas le veis hinchar las narices os volveis mudos como el mismo silencio.

—Calla tu, *Occhio linceo*, (5) que siempre haces el papel de observador. Le repetábamos, es verdad, porque era valiente de los pocos; pero ya todo se ha cambiado. ¿Por qué no ha ido con nosotros á la expedicion de esta noche? Hace muchas semanas que no le gusta otra ocupacion que la de ver las muecas y los melindres de esa mozuela á quien llama su esposa.

—*Braccio di ferro* tiene razon: el buen capitan está *embrujado* por esa chica, y hombres como nosotros no obedecen á quien ya no sabe mandar ni aun en si mismo.

—Calla, Baleno! he oido ruido.

—Quiá! es el viento que retoza con las hojas.

—Hablemos mas bajo, camaradas!... por mas que digais, el diablo me lleve si no es cierto que oigo galopar un caballo.

—Yo nada percibo, teniente.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Vamos! será aprension. Os digo pues, compañeros, que yo mismo, que conozco á Espatolino hace diez y seis años; que he hecho mi carrera á sus órdenes y que le quiero como....vamos! mas que á nadie en el mundo! esta es la verdad: pues bien, yo mismo estoy enojado con él al ver su conducta insensata, y por el alma de mi abuela que si hubiese previsto los males que nos habian de venir con esa mozuela de los ojos de paloma, la hubiera hecho, mal su grado, tomar un baño en las aguas del Averno la noche en que á sus orillas fué entregada á mi custodia.

—Bien dicho teniente, *Fúlmine*! nosotros no necesitamos hembras.

—Y si alguna viene ha de ser patrimonio comun.

¡Mala peste me mate si consiento en que tenga para si solo el capitan esa linda calándria de la voz tan dulce! Pues qué! no somos todos hijos de Eva?

—Eres un mentecato, *Irta chioma*: (1) siempre estás delirando por las mujeres.

—Toma! como que saben asaltarnos con mas habilidad que nosotros á los pasajeros. Para ellas robar veinte corazones es lo mismo que nada. Por vida de Baco! La capitana sobre todo tiene un no sé qué... vamos! me ablanda el corazon como una breva cuando me flecha por casualidad aquellos ojos que, no sé por qué, me hacen acordar siempre de los sueños que yo tenia cuando era niño y me dormia en los brazos de mi madre.

—Ja! Ja! que risa, camaradas! Este pobre *Irta chioma* dá en lo sentimental como *Occhio linceo* en lo heroico. Vamos, hijos mios, ¿quereis improvisar un idilio y un poema?

—Yo no entiendo esas ciencias, digo solamente que la capitana es una linda criatura.

—Cá! tengo yo una pastora en Capranica que vale por diez capitanas.

—Y yo pasaré este invierno en Montelcone con una moza calabresa que no tiene igual en todo el mundo conocido.

—Pues yo opino como *Irta chioma*, que no se debe permitir que haya entre nosotros ninguna hembra como propiedad de uno solo.

—Opina como mejor te plazca, lo que es yo renuncio mis derechos. ¿Para que diablos sirve una mujercilla como una caña? Me atengo á la posadera del Aguila en Fiumesino: aquella si que merece que un hombre se deje embrujar por ella y haga tantas locuras como Orlando.

—Pero en fin, camaradas! ¿que diremos al capitan respecto al botin?

—Está dicho teniente: que no queremos darle ni un *paolo*, porque quien no trabaja no come, como dijo Moisés.

—Calla animal! no lo dijo Moisés, que fué San Pablo.

—San Pablo ó Moisés, poco importa; asi lo dijese Júpiter: el caso es que antes me dejaré sacar los ojos que un solo paolo de mi parte de botin.

—¡Bravo! ¡Viva Baleno! Si, compañeros, que se quede el capitan holgando con su paloma, mientras nos repartimos el botin, como se estuvo mientras lo conquistamos.

—Todos estais mas borrachos que el mismo Baco. El capitan no se estuvo holgando ni con palomas ni con buitres. Olvidais que salió al amanecer del último dia para.... no sé á punto fijo para donde: pero claro está que se ocupaba en algun negocio importante. El capitan fué y volvió en un dia;

(1) Relámpago.
(2) Brazo de hierro.
(3) Pies de ciervo.
(4) *Il Fúlmine*: el rayo.
(5) Ojo de lince.

(1) Pelo erizado.

mas acaso cuando salimos á la expedicion todavía no se hallaba en Porto d' Anzio. ¿Habia de volverse dos, voto al diablo!

—Silencio, *maledetto occhio linceo*! Alzas la voz como si tuviese la atmósfera paredes de mármol. Yo he dicho que el capitan no debe tomar nada del botin, y lo sostendré.

—Asi se habla! ¡Viva *braccio di ferro*! La bota, camarada. Bebo por tu salud, valeroso.

—Gracias, teniente.

—Yo brindo por Espatolino!

—Habeis oido, camaradas? *Irta chioma* brinda por el capitan.

—Hazle tú la razon, *occhio linceo*.

—Con mil amores. Bebo por el invencible Espatolino!

—Mentecato!

—Calla! yo voy á proponer otro brindis.

—Camaradas! bebo por el exterminio de todos los cobardes que deshonran nuestra ilustre banda.

—Y de los traidores!

—En nuestra cuadrilla no hay traidores.

—Tampoco hay cobardes.

Una voz, que no se supo de que boca habia partido, dejó oir estas palabras.—Lo es Espatolino!

Todos los bandidos se estremecieron, y por un movimiento maquinal tendieron al rededor miradas temerosas. Un ligero ruido se hizo oir en el silencio que siguió á la atrevida declaracion de aquella voz incógnita, y una figura alta y magestuosa apareció entre las ramas.

—¡Es él! dijeron quince ecos que formaron uno.

—¡Viva el valiente Espatolino! esclamó su defensor *Occhio linceo*.

—Viva! repitió Irta chioma.

Los otros bandidos se miraron dudosos, pero al ver junto á si el formidable jefe, todos se pusieron en pié diciendo con trémulo acento—¡Viva!

—Y bien compañeros! Cómo se ha salido de la empresa?

—Perfectamente, capitan, respondió Roberto tartamudeando. Algunas heridas se han recibido, porque los malditos extranjeros iban bien armados y se defendieron como leones.

—Mayor es la gloria de ese modo, valeroso Roberto. ¿Y que tal el botin?

—Es considerable: os esperábamos para... para repartirlo. Nadie le ha tocado todavía.

—Ya conozco vuestra disciplina, amigos mios: pero te autorizo á ti, Roberto, para que presidas el repartimiento, apenas aparezca el sol que ya se viene á mas andar detras de las cortinas del oriente. Dividid como buenos hermanos los despojos de los extranjeros....

—A quienes el Padre Eterno tenga en su gracia, capitan.

—Asi sea, Roberto. Decia, pues, que repartiéseis con equidad esas riquezas, y que os dispongais todos para una expedicion importante y próxima.

—Y vos capitan..... ¿qué quereis del botin?....

—Nada, amigos mios: todo lo que habeis conquistado os pertenece.

Entonces el victor que resonó, y que los ecos de la selva devolvieron dilatadamente, fué tan espontáneo como sincero.

—No os decia yo, murmuraba en voz baja *occhio linceo* frotándose las manos en señal de alegria, que el capitan era todo un hombre? Ya veis lo que hace, mentecatos, codiciosos!

—Calla, parlanchin, yo nunca he dicho nada malo contra *él*: bien sabia que era la generosidad en persona.

—¡Viva Espatolino! ¡viva el rey de las selvas! repetian los bandidos tirando al aire sus sombreros.

—Gracias, compañeros, gracias, respondia Espatolino; pero prestadme atencion porque se trata de una gran empresa. He estado en un lugar en donde he conferenciado con el teniente Stéfano, que manda aquella fraccion de nuestra banda que ha vagado algunos dias por las inmediaciones de Civita Vecchia, y que ahora se dirije con tanta prisa como precaucion hacia un sitio mas conveniente. Escuchad, amigos mios: se trata de reunir toda nuestra fuerza en la *Somma*, pues sabemos por Lappo, jefe de la compañía posesionada de dicha montaña, que los poderosos *vondes* de Spada deben salir de Terni para Spoleti, y que con ellos van algunos individuos de la casa de Benedetti. Como se juzgarán seguros en atencion al gran número de criados que debe formar su escolta, es de suponer que no llevarán un equipaje despreciable; pero el botin en tales casos es lo de menos. Se trata de hacer prisioneros á señores de la mas alta categoría, cuyo rescate será proporcionado á su importancia. He dispuesto para ellos un retiro seguro, desde el cual podrán comunicarse con sus deudos para tratar de su redencion, sirviéndoles de emisarios los labradores de las cercanías, que ignorarán sin embargo el lugar de su residencia. Todo lo he previsto, y tengo tomadas las mas sábias disposiciones para burlar las que acaso adoptará el gobierno, estimulado por las familias de los cautivos; á las que no le quedará otro remedio que enviarnos con voluntad ó sin ella, algunos talegos de oro, ó preparar los honores fúnebres á sus ilustres parientes.

Sí, amigos mios: todo está ya prevenido como mejor conviene al buen éxito de tan ventajosa empresa, y antes que termine el dia, que ya comienza á iluminar las nubes por el lado del Este, debemos dejar á Porto d' Anzio. ¿Quien sabe, añadió con una emocion que quiso vanamente disimular, quien sabe si no es esta la última expedicion que emprenderemos juntos? ¿Quién me asegura que seré siempre vuestro jefe? Por si el destino tiene decretada nuestra separacion, quiero que algunos hechos atrevidos graben en vuestro corazon mi memoria, y tan firme me hallo en este empeño que despues que demos dichosa cima á la presente empresa, pienso proponeros otra de las mas atrevidas que jamas hayan figurado en la vida de los hombres célebres de nuestra profesion.

Estos ejemplos dejará Espatolino al que despues tenga la satisfaccion de mandaros.

Los bandoleros que no podian comprender lo que acababa de decir Espatolino sobre la posibilidad de una separacion entre él y ellos, sino con referencia al descontento que imprudentemente habian manifestado respecto á su conducta, se miraron unos á otros confusos y casi conmovidos.

—No te decia yo que todo lo oiria aunque estuviese á dos leguas de distancia? dijo en voz baja Roberto.

—Teniente, respondió Baleno á quien habian sido dirigidas aquellas palabras: todos hemos hecho mal en hablar de ligero, y yo estoy tan arrepentido que de buena gana me dejaria cortar la lengua antes que volver á injuriar á nuestro buen capitan. ¡Viva Espatolino!

—Viva! respondieron con verdadero entusiasmo los bandidos.

Espatolino apretó la mano á todos uno por uno, dirigiéndoles palabras lisonjeras; mas recobrando seguidamente su gravedad.

—Camaradas! añadió: proceded sin demora al repartimiento del botin, y luego vuélvase cada cual á su respectivo albergue. Apenas las sombras comiencen á enlutar nuevamente la tierra, nos reuniremos todos en la aldea de *Nettuno*, en la hosteria que conoceis.

Alejóse apenas concluyó estas palabras, y los bandoleros le victorearon mientras pudo escucharlos.

Luego comenzaron á reconvenirse recíprocamente, queriendo cada cual quedar exento del delito comun.—Tu fuiste el primero que hablaste mal de nuestro incomparable capitan: tu, Baleno, que tienes la lengua mas ligera que una muger.

—Voto al diablo! tu dijiste que no se ocupaba mas que en hacer muecas á su monuela.

—No fui yo sino *braccio di ferro*.

—Mientes, que fué el teniente.

—¿Quién dice tal? ¿Quién se atreve á calumniarme? gritó el atlético calabrés remangándose las mangas de la chaqueta, y haciendo patente la vigorosa musculatura de sus brazos.

—Todos estábamos borrachos, como dijo con razon *occhio linceo*: Ea, camaradas, no hay que hablar mas de eso. El capitan Espatolino es todo un hombre, y todos le estimamos por lo que vale. La santa Madonna nos le conserve y vamos á repartir el botin.

—A ello, camaradas. Con justicia, como buenos hermanos, segun nos mandó Espatolino.

Procedióse en efecto á la particion que se verificó sin desórden ni disputa, y el dia brillaba ya con todo su esplendor cuando concluyeron aquella operacion.

Disipados los vapores del vino con la frescura de la mañana, y los cuidados de la codicia con la generosa renuncia que el jefe habia hecho de sus derechos á una parte del botin, paseábanse satisfechos los bandidos por las umbrosas alamedas de la selva. Cualquiera que los hubiese visto entonces dificilmente adivinaria su odiosa profesion; y al oirles hablar alegremente de sus amorosas aventuras, se les podria tomar por jóvenes y ricos labradores que iban ó volvian de alguna fiesta campestre. Solamente su traje podia desmentir aquella induccion inspirando sospechas de su verdadero destino.

Y sin embargo, como la mayor parte de ellos estaban en la flor de la juventud y eran de buena presencia, aquel traje semi-militar con sus puntas de caprichoso, estaba muy ajeno de prestarles un aspecto feroz ó repugnante. Llevaban todos pantalones de paño verde oscuro, chalecos encarnados con botones de plata, y chaquetas del mismo color que los pantalones, adornadas en las costuras con trencillas de seda. Ceñíales la cintura una canana de cuero bien abastecida de cartuchos, cerrada por delante con una plancha de plata: al lado izquierdo veíase brillar el mango de ébano de un gran cuchillo de monte, y les colgaba á la espalda una ligera mochila con las cosas mas indispensables á la vida nómada que profesaban.

Sus sombreros altos y cónicos, tenian por adorno un galoncito de plata, y algunos llevaban ademas una medalla de la Virgen del mismo metal. Notábase tambien que todos seguian la moda que existe aun entre nuestros andaluces, de llevar en los bolsillos de sus chaquetas ricos pañuelos de seda de la India, con las puntas descubiertas, y asimismo asomaban por las faldriqueras del chaleco primorosas tabaqueras, de oro puro algunas, otras de concha artisticamente trabajadas, y muchas de plata cincelada. Completaba aquel arreo pintoresco una gruesa cadena de oro que les cruzaba el pecho, sosteniendo un silbato igualmente de oro: algunos llevaban tambien magníficos relojes, y ninguno armas de fuego, pues eran estas parte integrante del arreo de los caballos, que pertenecian sin excepcion á la mejor raza napolitana.

Tan solitarias eran las selvas de *Nettuno* que podian permanecer en ellas sin ningun temor aun en mitad del dia: así fué que lejos de apresurarse á ganar sus guaridas, quedáronse muy tranquilamente á la sombra de la verde bóveda, disponiendo un almuerzo refrigerante con sus respectivas provisiones. Cada cual sacó de la mochila la parte comestible que encerraba; abrióse la bota de vino que quedaba en un caballo que al parecer no habia servido sino para llevar aquella carga, y en medio de la mas espansiva alegría celebraron su banquete rústico, brindando repetidas veces por el capitan y por el éxito feliz de la expedicion propuesta.

Acalorados todos por el vino; pero ninguno en estado de embriaguez, se despidieron muy avanzado el dia, para encaminarse á sus respectivas habitaciones, que todas estaban por aquellas cercanías; mas en el momento de salir de la selva dejóse oir desde considerable distancia el agudo sonido de un silbato.—Silencio! dijo Roberto: alguno de los nuestros viene hácia este sitio y desea saber si hay amigos en él.

—El mismo sonido se repitió, y entonces Roberto respondió con otro igual: quedándose inmóviles los bandidos percibieron primero confusa y despues distintamente el ruido de un caballo, que segun podia inferirse se acercaba á carrera tendida.

—Alguna novedad ocurre, dijo *braccio di ferro*.

—Guardad todos silencio camaradas: ¿no escuchais que bien bate el suelo ese caballo? no puede ser otro que *Vento rápido*.

—El alazan de Espatolino?

—El mismo: yo apostaria cien escudos contra uno.

Roberto no se engañaba. Espatolino se halló muy pronto al frente de sus camaradas. Iba vestido como ellos, con la sola diferencia de que en vez del sombrero llevaba una gorra de piel de búfalo con ancho galon de plata, y que ocupaba el lugar del cuchillo de monte un magnífico puñal con empuñadura de oro. Su rostro estaba ligeramente encendido por la violencia de la carrera, pero notábasele en las faccio—

nes una excesiva alteracion, y su voz cuando se dejó oir pareció á los bandidos ronca y trémula.

—Es preciso partir al instante.

—Como! adonde? preguntó Roberto sorprendido.

—A Roma!

—A Roma! *Corpo della santisima Madonna*! ¡A Roma decís!—A Roma!—En mitad del dia?

—Por San Paolo! ¿qué me importa el dia?—Pero lo decís de veras, capitan?—Sí, voto al diablo: iré á Roma, iré al mismo infierno si es preciso.—Dios nos libre, capitan! pero en fin, entiendo que quereis decir que nos conviene cambiar de lugar sin alejarnos de Roma.—En Gensano... en Riccia... acaso en Frascati ó en Tívoli... respondió con distraccion el jefe: ¡qué sé yo donde la encontraré! pero la buscaria aun cuando fuese preciso penetrar hasta la misma Roma por entre los ejércitos del Imperio.

—No os entiendo, capitan: ¿Será que esas malditas familias de los Spadas y los Benedetti en vez de ir á Spoleti se hayan dirijido hácia la capital?..

—¡Que carguen mil demonios con los Spadas y los Benedetti, gritó con tremenda voz Espatolino. Es *ella*! ella que acaso será víctima de su imprudencia, y de aquellos feroces magistrados ante los cuales la harán comparecer como reo: ¡á ella mas pura que la luz! Todos moriremos, pero moriremos matando: opongánsenos las huestes dominadoras de la tierra! venga el mismo Napoleon en persona!. Yo sabré arrancarle mi querida, aun cuando la escondiese dentro de su mismo corazon.

—Un sordo murmullo semejante al de las olas cuando empiezan á sentir los soplos de la tempestad, se levantó de entre los bandoleros; pero equivocándose Espatolino sobre el orígen de aquella agitacion, creyó que sus súbditos participaban de sus sentimientos.

—Marchemos, amigos mios, les dijo: *ella* salió hace algunas horas, pero tengo esperanzas de que podremos alcanzarla: es imposible que pueda sostener una marcha contínua y precipitada: antes que nuestros caballos se rindan á la violencia del galope, no faltarán otros con que reemplazarlos en el camino.

El murmullo se iba acrecentando rápidamente, pero Espatolino se hallaba demasiado preocupado para poder comprenderle.—Este traje no nos conviene para viajar con la luz del dia, les dijo: dejad las escopetas, no nos faltarán en ninguna parte: vestíos todos de labradores, llevando ocultamente cada uno un par de pistolas y un buen cuchillo de monte. En seguida á caballo todos! Tú, braccio di ferro, dirígete á Tívoli con cuatro de los nuestros; búscala en todas las hosterías, y si la encuentras conducela al momento á Porto d'Anzio. Los otros diez que salgan, sin ir juntos, para Gensano: allí me encontrarán en la casa que conoceis; y desde allí, si no la encontramos, marcharemos á Frascati, á Albano... á todos los pueblos de las inmediaciones de Roma, y á Roma misma si nuestras pesquisas son infructuosas. Ea, camaradas! andar ligeros: desdichado de aquel que sea tardo en obedecerme!

Dijo, y veloz como un relámpago desapareció entre los remolinos de polvo que levantaba su brioso corcel, cuyos resoplidos se oian distintamente á pesar del ruido de su carrera.

Entonces comenzó entre los bandidos un bullicioso debate.

—Esto es demasiado, camaradas! dijo el incorregible Baleno; el capitan está loco de remate, y mas locos que él seremos nosotros si nos prestamos á tan inauditas extravagancias.

—Hé aquí en lo que han venido á parar las grandes empresas con que nos lisonjeaba hace poco! exclamó Roberto. ¡En enviarnos á correr tras una mujer, que se le ha escapado segun parece, para darle una prueba de lo mucho que le ama!

—Qué malvadas y qué pérfidas son todas las hijas de Eva! añadió con plañidero acento *Irta chioma*. ¿Quién habia de creer tanta ingratitud en aquella criatura que parecia un cordero? ¡Huir de un hombre que la idolatra!

¡Maldita sea tal idolatría! dijo otro: por ella hemos de exponernos á un riesgo inminente, y sin utilidad de ningun género.

—No seré yo por cierto; que se me sequen las piernas si doy un paso en busca de esa bruja maldita.

—Bien dicho, camarada! Váyase al infierno la fugitiva y buen viaje. ¡Atreverse aquel bribon á decirnos que moririamos todos, si era preciso, por salvarla ó vengarla! Que muera él con su locura endemoniada, y que dé gracias de que no le volviese á entrar en el cuerpo, con una bala, la indigna proposicion que ha tenido la insolencia de dirigirnos: pues no faltaba mas sino que quince hombres como nosotros nos convirtiésemos en perros para seguir la pista á una liebre! Voto á brios! que no se como he podido escucharle!

—Te desbocas mucho, *braccio di ferro*: pon mas cuidado en lo que dices.

—Vé á dar consejos á quien te los pida, *occhio linceo*, yo digo y hago cuanto me viene al mágin, y por vida de Baco que estoy cansado de obedecer, y de hoy mas ni por el mismo san Paolo doblaré la rodilla.

—Compañeros! para pasar la vida acatando caprichos de un cualquiera, mas valia acatar los del rey.

—Por supuesto: ¿para qué seguir esta vida por mas tiempo? Ricos estamos todos, camaradas, y menos malo me parece hacernos hombres de bien que continuar siendo bandidos con tan poco provecho y tantas humillaciones.

—Nadie está mas cansado que yo de mi oficio; pero ahora no es tiempo de hablar de eso, sino de obedecer al que todavía es nuestro jefe.

—Obedécelo tu en buen hora, corazon de gallina: yo me emancipo, y hoy mismo marcho á reunirme con Lappo en la montaña.

—Pues bien, yo iré contigo á donde nos espera el capitan, *Occhio Linceo*.

—Y yo tambien: antes de desobedecerle debemos despojarle del mando: mientras esto no se haga es nuestro jefe, y no tenemos facultad de negarnos al cumplimiento de sus órdenes.

—Si tenemos, voto al diablo! y solo tu, *Irta chioma*, tu que siempre has sido un mentecato, pudieras respetar la autoridad de un loco.

—Repite lo que has dicho *corpo di dio*! te probaré si soy ó no mentecato.

—Ea, camaradas! orden! no se trata de echar baladronadas, sino de tomar una resolucion.

—*Il fúmine* ha dicho la verdad. Pido que se recojan votos.

—El mio es que marchemos todos á reunirnos con Lappo, y que abandonemos á su suerte al insensato Espatolino.

—Soy de la misma opinion.

—¿Y tu, Baleno?

—¿A que viene preguntarlo? haré lo que hagan los valientes, y por el ánima de mi madre que lo que mas deseo es dejaros á todos, y pasar mi vida tranquilamente con mi Calabresa: á bien que no nos faltaria que comer.

—Toma! si bastase con desearlo yo te juro, á fé de Roberto, que hoy mismo tomaba las de villadiego y me iba muy contento á gastar mis escudos con mi pobre mujer á quien no veo hace diez años, y con mis chiquituelos que ya serán tan altos como yo.

—Y quién te lo impide?

—Quién?... Por vida de!..¿creeis que la justicia me dejaria tranquilo?

—Compra tu indulto.

—Costaria mucho.

—Quiá! un medio conozco yo por el cual todos seriamos indultados, sin gastar un paolo.

—¿Cuál es? dilo.

—En vez de dar dinero le recibiriamos.

—¡Cómo! esplícate, Giacomo; tu hablas poco, pero bien. Siempre que abres la boca es para decir cosas extraordinarias.

—Gracias por la lisonja, teniente; pero lo que digo ahora es muy sencillo. Para alcanzar el perdon y recibir ademas una gratificacion, hay mas que servir al gobierno!

—Servir al gobierno?.... nosotros?.... no te entiendo á fé mia.

—Eres un poco torpe, Baleno. El gobierno desea mucho ver bailar en el aire á cierta persona.

—A todos nosotros, vive Dios! sino sabes mas que eso adelantado estás, Giacomo.

—A todos, bien lo creo; pero solamente *uno* tiene apreciada su cabeza, y á fé que no puede quejarse de que la estimen en poco: aun repartiendo entre nosotros quince el dinero ofrecido, todavía era buen bocado el de cada uno.

—Yo no sé que se haya puesto precio á otra cabeza que á la de Espatolino.

—Cabalmente: y el gobierno ofrece ademas completísimo indulto á aquellos de su cuadrilla que le entreguen.

—Esa seria una infamia, Giacomo.

—Una infamia muy útil á todos los que desean gozar sin zozobra las riquezas adquiridas, teniente Roberto.

—Es verdad.

—Y nada mas fácil por otra parte.

—Calla, Giacomo, que me da vergüenza oirte.

—Eres muy delicado *Irta Chioma*.

—En fin, camaradas; continuad manifestando vuestra opinion. Dos han votado ya á favor de la propuesta de *braccio di ferro*, que opina debemos ir á reunirnos con Lappo.

—Yo soy del mismo dictámen.

—Ya son cuatro por ese partido.

—Y cinco conmigo.

—Yo digo que solo nos toca obedecer al que es nuestro jefe todavia.

—*Occhio linceo* está por la obediencia: es un voto.

—Dos con el mio.

—Tres; porque pienso lo mismo.

—Son tres con *Irta Chioma*.

—Cuatro con el mio.

—Pues yo digo que solo nos conviene dejar esta infame vida indultándonos.

—¿De qué modo?

—Del modo que ha indicado Giacomo.

—Traidor! ¿Quiéres entregar á tu jefe?

—Calla, occhio linceo; no reconozco por jefe á un loco.

—Opino lo mismo.

—Sois unos infames!

—Eres un cobarde!

—Señores, al órden, ó voto á Júpiter que empiezo á romper cabezas.

—Di tu opinion, teniente, y déjate de amenazas.

—Digo que al veros tan revoltosos é insolentes, conozco que solo Espatolino puede mandaros.

—Lo que es á mi no tendrá ese gusto. Adios, amigos, discutid cuanto querais: yo salgo ahora mismo para la *Somma*.

—Buen viaje *braccio di ferro*.

—Aguarda, yo te acompaño.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Ea, ya somos cuatro.

—Cinco conmigo.

—Pues bien, á caballo.

—A caballo; abur los que se quedan.

—Aguardad: Lo mando yo.

—Por hoy, teniente, no estamos de humor de obedecer.

—Pícaros, traidores!....

—No grites, Roberto *il fulmine*, que no te oyen ya.

—Quedamos diez solamente!

—Y bien! ¿qué hacemos?

—He dicho ya: ir en busca...

—De la capitana, bien dicho, Giacomo!

—De la capitana no, del capitan.

—Pero...

—Yo quiero el indulto.

—Yo tambien: á cualquier precio.

—Y yo, voto al diablo, y caiga quien caiga.

—Pensad como querais; pero vivo yo no tendreis el placer de vender la vida de vuestro capitan. Corro á buscarle, y le diré vuestra caritativa y leal intencion.

—Voy contigo, *occhio linceo*.

—Esperad, yo tambien iré.

—Bravo, teniente! eres un héroe!

—Todos lo somos! yo voy tambien.

—¡Viva *il baleno*! ¿qué decís los demas?

—Yo... lo que diga Giacomo.

—Giacomo! acaba de resolver.

—Proponer una cosa no es imponerla por ley: si todos os decidís por la obediencia os seguiré.

—Así! eso se llama volver por su honor. Dejemos á aquellos locos correr en busca de Lappo. Buena les espera! Lappo es el amigo mas fiel de Espatolino, y cuando sepa la mala partida que le

han jugado, los pondrá por racimos del árbol mas alto que por allí se encuentre. Treinta y siete hombres estan en *la Somma*, y todos á cual mas leales.

—Conque obedecemos?

—Sí, está dicho; pero soy de parecer que nos expliquemos con el capitan y le hagamos conocer nuestro descontento.

—Eso es muy justo, Baleno.

—Quién le hablará?

—El teniente.

—No, sino Baleno, que tiene la lengua mas suelta.

—Convenido! Ea pues, á efectuar las órdenes recibidas. De hoy en adelante ó no obedeceremos, ó no se nos mandarán cosas tan vergonzosas.

—Bien dicho: hoy tiene Baleno un talento admirable.

—A caballo, señores, á caballo!

—Todos á Gensano, pues *Braccio di ferro* que debia ir á Tivoli ha tomado otro rumbo.

—A Gensano, está entendido: casa del *Silenzioso*; vestidos de labradores.

—Sin escopetas.

—Con un par de pistolas.

—Y el cuchillo.

—Abur, pues, hasta Gensano.

—Hasta Gensano, camaradas.

G. G. DE AVELLANEDA.

(*Se continuará.*)

TODO MADRID EN S. ISIDRO.

Que entrase la parte en el todo, ni tendria gracia ni novedad, porque todo el mundo lo sabe asi; menos los valencianos que comen *cordero* EN *tomate* y van *á pasco* EN *sombrero*; sin dejar por eso de tener esperanza CON Dios...en que nadie entienda esa confusion de preposiciones; que la parte fuese mayor que el todo seria cosa de ver y podria pasar al panteon del movimiento contínuo y del punto en el espacio: pero aun eso admitia su *distingo* y su *absolute nego*, etc.; aqui lo que hace falta es que nos estrechemos todos un poco para que todos podamos estar reunidos en la pradera de S. Isidro el dia 15 de mayo. Unos por ir, otros por no dejar de ir, y yo por seguir mi costumbre, de escribir las costumbres de mis conciudadanos, todos vamos allá.

Todos los cojos van á Santa Ana
yo tambien voy con mi pata galana.
Y como aqui no es santa que es santo
tambien yo voy como uno de *tanto*...(*s*)
Pero la S que se aguante
porque en plural no es consonante.
Y este verso que erró el camino
puede volverse por donde vino;
pues si le sigo haré una cosa
que no sea ni verso ni prosa.

Hágase el milagro y hágalo el diablo.

Hombres quiero yo que no principios, dicen los cosmopolitas políticos; lo que equivale á decir: vengan destinos y llámenme corregidor ó jefe político, y alcalde de casa y corte, ó juez de primera instancia tanto me da. (Y en verdad, y entre paréntesis, os digo que si las revoluciones no han de producir mas que nomenclaturas, y se ha de sacrificar una nacion porque las autoridades se llamen *asi ó asá*, asando del mismo modo todas, no lo entiendo...) Pero... sus! señor fiscal de imprenta, no hay que saborearse con el corretaje porque yo no paso adelante.

Diviértame yo á todas horas, que es lo que importa, y sírvame de excusa S. Juan ó la Magdalena, es igual. El corazon humano lo que quiere es broma y jarana sin que

os escépticos tengan voz ni voto en este asunto. Nació el Señor, alegrémonos, resucitó el Señor, alegrémonos... murió S. Isidro Labrador el dia 15 de mayo de 1130, pues tengamos una romeria todos los años para celebrar ese aniversario... Pues á S. Isidro! pues á S. Isidro...!

Decididos como estamos á tomar las cosas en su origen, y á seguir á los protagonistas de nuestro teatro analítico-descriptivo, desde que se empiezan á vestir en sus *camerinos*, haremos la vista gorda, que á fuer de miopes que somos no es muy facil, mientras el Montepio da dinero sobre alhajas á los que han de almorzar en S. Isidro, y tomaremos la historia con diez dias de anticipacion, acompañando á los fondistas y á los confiteros á casa de su señoria, el regidor encargado de *dar los puestos* en la pradera. Este acontecimiento es mas grave de lo que á primera vista parece, y en el reparto se observa un rigoroso escalafon. La mayor parte de los licoristas, confiteros y demas gentes que venden sus géneros en la ermita del santo, tienen un privilegio especial para colocarse en tal ó cual sitio, privilegio que pasa de padres á hijos, inherente al establecimiento, y que se

traspasa las mas veces con los demas enseres de la tienda. En cualquier época del año en que se traspasa una fonda, una confitería ó una lonja de ultramarinos, se hace mencion importante de ese privilegio, y se dice «tanto por la tienda y tanto por el puesto de S. Isidro.» Con la anticipacion que hemos dicho y con la mayor escrupulosidad se divide el terreno, se tiran líneas, se trazan cuadros, mas ó menos grandes, se reparten los puestos, y empiezan los vendedores á conducir tapices, lienzos y enseres; pero esto ya pertenece á la historia de los bastidores, y ahora nos conviene ser profanos para no perder la ilusion cuando se descorra la cortina el dia 14 por la tarde.

Indudablemente los dias grandes se conocen por las vísperas pequeñas, y el furor gastronómico del 15 de mayo, se advierte bien en el ayuno forzado del 14, en que no hay fonda surtida, ni confiteria que no esté desmantelada, ni géneros de ultramar en los ultramarinos, ni servicio en los cafés, ni aguadores *de agua dulce* (de botijo), ni naranjeras, ni... nada en fin porque todo se ha embargado para S. Isidro... Todo, señores, todo está en S. Isidro. Acuérdense Vds. de Lot, y escarmienten en cabeza ajena; no hay que volver la vista atrás porque Madrid está desierto, y antes que la soledad les dé tristeza, sálganse al campo por cualquiera de las puertas ó portillos que dan al Manzanares, y si es posible por la de Segovia; pero la de Toledo y los portillos de la Vega, S. Vicente y Gilimon, pueden servir tambien para el caso.

Allí en aquella altura, á la orilla derecha del Manzanares, verán Vds. un punto blanco, destacado de una masa negra y compacta, que se agita en derredor suyo, como si quisiera conmoverle por sus cimientos y arastrarle en su incesante torbellino: el fondo negro es una masa inmensa de cabezas (algunas de ellas rubias); el punto blanco que se eleva sobre ellas dirigiéndolas su voz con un esquilon desentonado, es *la ermita de S. Isidro*. El dia 14 por la tarde va mucha gente á la ermita; pero el pueblo bajo que es el que dá entonacion á esos cuadros, no asiste ese dia, la clase media tampoco; aquello es un paseo aristocrático. Los vendedores no hacen negocio, y nosotros no queremos alzar el telon hasta el dia del santo por la mañana; hasta entonces ni grita el confitero, ni enarbola su bandera el fondista, ni llama parroquianos el vendedor de los frasquetes, ni humean las cocinas de campaña... ni suena, en fin la hora del movimiento. Aquello es la cueva de S. Martin, pálida, fria, inerta, hasta que vá un charlatan á subir los fondos. Hasta que el santo *se sacude las polainas*, y es fama que lo hace todos los años, (con cuya metáfora, porque algo ha de ser, se indica la lluvia en ese dia) no hay nada bueno. Muchos pasan la noche del 14 en la ermita y otros van únicamente á ver como está puesto el campo, para determinar si han de ir al dia siguiente; disculpa propia de almas vergonzantes que en vez de decir:—Voy porque me gusta y volveré mañana, aunque no hago falta, dicen siempre que van por compromiso; y siguen renegando de la diversion hasta el año siguiente. Pero hay tal delirio en Madrid por esa romería que unos salen de Madrid antes de amanecer, otros no se acuestan para ir mas temprano, otros van y vienen tres ó cuatro veces al dia, y el resto se entrega allí á la comilona y á la francachela.

Dos aspectos enteramente distintos tiene la ermita el dia del santo patron; y aunque la transicion de ellos ofrece otro bastante nuevo tambien, con la ayuda del jilguerillo y del aura de abril para el de la mañana, y con la bota y el Valdepeñas para el de la tarde, vamos á examinar los dos.

Son (eran ó serán, no sean vds. tan materiales) las cinco de la mañana, y un viento suave sopla, soplaba ó soplaria, bajo los arcos de la puerta de Segovia, que arroja (ya me fije en presente) inmenso gentío, como si en el casco de la poblacion se temiese algun terremoto, alguna explosion de polvorin, ó algun pronunciamiento político, que como terremotos no tienen nada que pedir. Seria una *pregunta necia* de esas que merecen *oidos sordos*, y si el refran dijese orejas, estaria bien dicho; seria, repito, tan ridículo preguntar adónde se

dirige esa gente, cómo ignorar el camino que conduce á la ermita de S. Isidro, cuando si se descargase una botella de Leiden en la cuesta de la Vega habian de sentir la chispa eléctrica los que venden en la pradera. Y esto no lo digo por darla de físico, pues cuando mucho, probaria aficion á los juegos de manos, sino para dar una idea de la masa compacta de gentes que en ancha procesion y por distintos caminos van tomando por asalto la altura citada donde se eleva la capilla que, á expensas del marques de Valera, se fabricó en 1724 sobre las ruinas de la que se hizo en 1528 por la emperatriz doña Isabel; porque allí dió el santo con la ahijada, y brotó un manantial de agua purísima. Y para que no se me llame plagiario, declaro que eso no es mio, sino que lo dice asi la tradicion. Tres puentes de piedra, con mas, los de madera que se improvisan ese dia, atraviesan el Manzanares, y saliendo por la puerta de Segovia es preciso tomar por el de ese nombre; pero para los que estan en el secreto de lo que es ese rio, para los que conocen la buena fé de sus arenas, todos son excusados. Con zapato de tela no, pero con bota se puede atravesar impunemente el Manzanares, que como arenal, no hay nada que pedirle; pero como rio debe su fama á una docena de poetas *pagados*... de sus orillas, que no tienen nada que envidiar á las mas anchas; le sucede lo que á las mantillas de nuestras manolas, que entre las dos franjas se comen el tafetan. Pero ganemos nosotros la orilla derecha del Manzanares, y sea á pie enjuto como el ejército de Israel, aunque no haya un Moisés que nos separe el agua, y lo demas no importa; á fé á fé que para probar lo que hemos dicho basta recordar que hace años se hundió un puente de tablas, condenado desde entonces, que *al asno muerto*, etc., etc., y lejos de ahogarse ninguna, de las muchas personas que cayeron al rio, todos salieron puros y limpios, menos los que se rompieron la cabeza del golpe.

Los alquiladores de coches, tartanas, calesas, carros, y hasta de confesonarios con ruedas, desempeñan un papel muy importante en estos dias; el calesin sobre todos es el héroe de la funcion; los caleseros son los protagonistas de la fiesta. El dia 15 de mayo no se siente la falta de caminos de hierro; cada calesin es un *vapor*; los carruajes no corren, vuelan, todos marchan unidos, y casi saltan unos sobre otros sin el menor contratiempo. Pero todos se detienen apenas pasan el rio; la tropa que está allí para cerrarles el paso no es la que los impide llegar hasta la ermita: la masa impenetrable de gente, la primer línea de los vendedores que se atrincheran á un cuarto de legua escaso de la ermita, es el obstáculo invencible que encuentran los caleseros para seguir adelante con sus viajeros, á quienes desuellan sin piedad, y de quienes no se cuidan si les sale otro marchante para el retorno. En aquella confusion es dificil volver en el mismo coche si no se paga adelantada la vuelta; si se paga imposible; pero á nosotros no nos corre prisa volver á Madrid, y ahora solo tratamos de ganar la cuesta para subirnos á una altura y observar desde allí el animado panorama que se desenvuelve á nuestra vista.

La capilla de S. Isidro, proyecta su sombra en la pradera, y los rayos del sol que se escapan por los límites del edificio, atraviesan los liquidos de diferentes colores que de trecho en trecho se encierran en multitud de vasos cristalinos, que el vulgo llama *frasquetes del santo*; apellido que lleva cuanto allí se vende.

Al pie de la ermita se abre un hondo valle de frondosa espesura, y el astro del dia, que dificilmente penetra por el lustroso follaje de los arbusto, ilumina con graciosa coqueteria diferentes familias improvisadas ó legitimas, que tendidas sobre la verde yerba se disponen á almorzar, ó á disponer el almuerzo. Las alturas de este delicioso valle estan coronadas por las tapias exteriores de un cementerio, y el eco sordo de las campanas que repican en la ermita, la algazara de los que venden, y el sordo rumor de los que compran, no deja oir la sarcástica plegaria del numeroso gentio que invade la santa morada de los que dejaron de existir, leyendo con estúpida carcajada y lúbricos aullidos los elocuentes epitafios de aquellos sepulcros. Unicos testigos de que los que allí moran fueron ayer lo que hoy son, los que serán mañana con ellos en la silenciosa mansion de los muertos.

A nosotros nos ha estremecido siempre tan insolente contraste, y no hemos podido evitarnos la amarga reflexion que acabamos de hacer. Quisiéramos por lo tanto que en ese dia de pura bacanal y estrepitosa orgia, no estuviese franca la entrada del campo santo; quisiéramos que no se turbase el silencio de sus moradores, que se les dejase descansar en paz en su último asilo. Pero todo eso lo deseamos allí; aquí queremos continuar nuestra fiesta, separándonos todo lo posible de la mansion del silencio. Y antes de alejarnos de la capilla nos llegaremos á beber el agua del pozo del santo con toda la fé que inspira la siguiente décima, que está grabada sobre el pilon, aunque escrita como verán nuestros lectores:

Oh ahijada tan divina, que segun la historia enseña
sacastes agua de peña, prodigiosa y cristalina;
tu (1) labio al raudal inclina y bebe de su dulzura
que S. Isidro asegura, que si con fé la bebieres
y calentura trajeres, volverás sin calentura.

Entronizados de nuevo en la montaña mas elevada de aquel lugar, y bajo el cielo azul y siempre sereno de la capital de España, dilataremos la vista por la alfombra inmensa de gente, que embriagada de alegría, bebe, canta, corre, juega, y en confuso torbellino se agolpa á la entrada de las fondas, no con el objeto de almorzar, que eso es problemático, sino con el de decir despues que almorzó en S. Isidro. Capricho que no tiene precio; pero que siempre se paga muy caro, porque los mozos que allí sirven son mas fisonomistas que Lavatter; y saben que cuando un caballero, ó uno que va de levita, tiene todo el arrojo suficiente para entrar con dos (2) ó mas señoras en un *merendero*, y valga por lo que valga la palabrilla, no se ha de asustar aunque la cuenta de lo que les sacaron para almorzar pase de 1,000 rs. Y declaro que no me he equivocado en los ceros, sino que *mil reales* el dia de S. Isidro son menos que *mil ochavos* en otro cualquier dia del año. El que piensa almorzar en S. Isidro y lleva dos onzas de oro en el bolsillo, cree que se ha dejado el dinero en su casa. Allí se reputa el cobre como género numismático, la plata no corre y solo circula el oro: allí, bajo cuatro palos torcidos cubiertos por un tapiz viejo se admira el nunca bien ponderado personaje del *primo*. El PRIMO!!! ese tipo curioso que sino se publica en *los Españoles pintados por sí mismos* es porque le traen y le llevan de primada en primada sin darle el tiempo de que se retrate ni aun al daguerrotipo; pero yo le he cogido descuidado, en una de sus acciones mas frecuentes, que es la de dar dinero, y voy á permitirme una ligera digresion, con permiso de los fisiólogos.

La persona que trae al mundo la mision de *hacer el primo*, puede ser alta, baja, delgada, gorda, elegante ó *facha*; generalmente está en el último caso. Sino canta, sino baila, sino rie, sino habla, sino sabe saludar, si es un estafermo en fin, tanto mejor; la sociedad, que tiene repartidas sus contribuciones, por una rigorosa estadística, justifica así la que le impone al infeliz que debe su estancia en el gran mundo, á su airoso manejo para llevar la mano al bolsillo, y derretir el dinero que por su desgracia le concedió la fortuna. El acompaña al café á las señoras mas elegantes y mas bonitas, las lleva al ambigú en tiempo de máscaras, las dá el brazo en las verbenas, las sigue cuando van de tiendas, es el encargado de hacer los preparativos para las comidas de campo; y

(1) Si es la fuente la que aplica el labio, ¿quién es el que se cura de la fiebre?

(2) En llegando á dos, recibe cualquiera el título de *buen amigo*: en pasando de tres gana la gran cruz de imperturbable.

como todas le hablan y todas le adulan á la vez, convida el mismo á los amantes, instándoles por Dios á que vayan porque «el solo no puede con todas.» Estos que no esperan otra cosa, acceden; le dejan que se acerque á todas indistintamente, y despues que ha soltado la mosca... despues que *ha hecho el primo*!... le endosan con admirable destreza... el brazo de la mamá. Pero aun en esto cifra el su gozo, aun cargando con la buena señora siguen en pie las ilusiones del *mocito* (que es la voz técnica); porque la astuta vieja, la intrépida mamá le dice:—Venga vd. acá don fulanito (el *don* y el *ito* constituyen el primo), que esos muchachos son unos troneras y don fulanito, va lleno de orgullo, riéndose en su interior del *mal papel* que han hecho los otros, dejándole pagar á él solo. Desgraciadamente ese tipo se va haciendo cada dia mas raro! Maldita civilizacion!

nueva la reunion. Un panorama distinto en un todo del de la mañana se ofrece á la vista del espectador. Ahora con mas razon nos subiremos al punto mas elevado posible; porque los toros deben verse de lejos.

Crece la confusion, crece el gentío,
el polvo aumenta y el calor abrasa;
en vino tinto se ha tornado el rio
y el hombre y la mujer beben sin tasa;
pero Baco, sereno, grave y frio
esto les dice, cuando entre ellos pasa:
—Tú crees, borracho, que borracho estás,
y eso es hidropesía nada mas.

Tal vez tenga razon el dios beodo,
yo desde la montaña en alta popa,
la cuestion miro de distinto modo:
para mi la pradera es una copa
donde la gente que empinó de codo,
se agita entre el licor echa una sopa;
y... como al verso acusan de embustero
decirlo en prosa y á mi gusto quiero.

Efectivamente, la atmósfera se condensa cada vez mas, y no diré yo que con el polvo y el tufo de los borrachos se forma lodo, porque eso ni yo mismo lo creeria; pero es una verdad que el vino de los innumerables pellejos que pasan desde los carros al cuerpo del bebedor, esto es, al alambique humano, se condensa en forma de vapor sobre las hojas de los árboles, por ejemplo, y destila luego gota á gota; refutando de una manera indirecta aquello de que es imposible que el olmo dé peras.

Las tintas bucólicas de la mañana han desaparecido; el jilguerillo que se mecia en las ramas, cantando sobre los infinitos almuerzos que allí se improvisaron, se ha visto precisado á emigrar del campo, porque la bota y las chaquetas descansan ya sobre las ramas que él destinára para su nido. Confuso y perdido vuela de aqui para allá sin adivinar la causa de aquel tumulto, ni la densidad de aquella atmósfera, sobre la cual se sostiene sin esfuerzos, pero que no puede cortar con sus tiernas alas; y mas de un cohete, de los muchos que allí se disparan, le detiene en su carrera.

Los calaveras, que son fruta del tiempo en ese dia, pasan la tarde tirando al aire las botellas del licor, que aparentaron beber, y vuelven á Madrid, con el paraguas abierto, aunque no llueva ni haga sol, guarnecido de campanillas de barro y cuernos de idem; pues son las dos cosas mas esenciales de la fiesta. No se puede decir que se viene de S. Isidro sin presentar una *campanilla del santo*, ó un cuerno; ademas es preciso ofrecer dulces á los amigos que se quedan en Madrid, y la *manola* tiene todo su placer en venir cargada como un burro con cuanto estuvo al alcance de los cincuenta ó mas pesos fuertes que se gastó allí con la generosidad característica de esa clase que está agonizando ya, y que siempre ha *tenio unos humos, unos arranques, y un aquel, que ya*! Ver una pareja de manolos con su calesin descorrio, un santo de barro en una mano, una campana

Hasta las doce del dia se mantiene el cuadro á la misma altura con corta diferencia que tenia á las seis de la mañana. Los elegantes abandonan las fondas, dando el brazo á las hermosísimas madrileñas, que ya no pueden sufrir ni el polvo de la pradera, ni el roce continuo de la cesta de provisiones que lleva la menestrala para tener motivo de desocupar la bota de vino, que su marido enarbola á la punta de un enorme garrote, que probablemente, merced al mosto y á la policía, obrará al dia siguiente en un proceso criminal, de los muchos que se forman de resultas de esa romería. Son tantas las quimeras y las palizas con que termina el dia del santo, que si se diera un indulto para los presos por heridas y asesinatos en S. Isidro, las cárceles y los presidios quedarian medio desalquilados. Desde esa hora empieza el telon supletorio, y á las dos de la tarde es enteramente

en la otra, llena de *torraos* y pasas para regalar á sus

conocios, con mas lujo y mas aquel que unos usias, es

cosa que pasma. Entonces suelen cantar la siguiente:

De S. Isidro vengo,
y he merendao;
mas de cuatro quisieran
lo que á sobrao.
A sobrao cordero,
doce gallinas,
unos pavos en salsa,
y pastas finas.

En fin, y para dar fin á este artículo, el dia 15 de mayo forma una época tal en Madrid, que ademas de ser una fiesta en la que nadie trabaja, no hay una persona siquiera que no piense con dos meses de anticipacion en el dia de S. Isidro. Llega la romería, y no hay criado de servicio tacaño, doncella de labor que no sea espléndida, jornalero que no derrita allí los jornales de una semana, ni nadie en fin que no gaste en S. Isidro mas de lo que puede. Yo me acuerdo de un año que me quedé dormido en la pradera, y ví en sueños condensarse los vapores vinosos, y aparecer entre ellos una matrona, vestida de luto y con una bolsa en la mano, en la que se leia: CAJA DE AHORROS... Y no sé mas, porque me despertaron diciéndome: YA ES TARDE.

ANTONIO FLORES.

A S. M. LA REINA
DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON. (1)

La gioja verace
per farsi palese
d'un labbro loquace
bisogno non ha.
METASTASIO.

Si abunda el sentimiento,
si el entusiasmo inspira,
al elevado acento
no templo yo la lira:
vibran sus cuerdas dóciles
y ecos del alma son.
Ecos que amor enciende,
ecos que el alma emite,
toda alma los comprende,
todo eco los repite;
y es hoy mi humilde cántico
la voz de una nacion.
¡Asaz en su abandono
gozóse el hado injusto,
y en el excelso trono
miró al ángel augusto
entre la régia púrpura
llorando su orfandad...!
En el olvido se hunda
tan fúnebre memoria;
que el sólio que circunda
de Cristina la gloria,
solo acoge benévolo
votos de lealtad.
Y amor tan solo rige,
con leyes de clemencia,
dó la virtud dirige,
dó reina la inocencia,
y son gloriosos súbditos
los hijos de Guzman.
Ellos renuevan hora
los recuerdos eternos
de tu bondad, señora!
madre! te adoran tiernos:
reina! te aclaman férvidos:
bella! culto te dan.

G. G. DE AVELLANEDA.

(1) Estos versos fueron escritos para la funcion régia con que celebró el Liceo de esta corte el fausto regreso de S. M. la augusta reina madre. Una involuntaria equivocacion que padeció la autora respecto al dia en que debian entrar en la prensa, fué causa de que no pudieran incluirse en el cuaderno que reunió otras composiciones, consagradas al mismo objeto por algunos sócios de la seccion literaria.

VIAJE A TOLEDO.

Articulo II.

La cabeza de un santo en Bélgica.=El perro en Inglaterra.=Monumento de Toledo.=Farsas en las procesiones.=Judas con capa prestada.=Los sayones nacionales.=Las cadenas del sitio de Granada.=Biblioteca del Arzobispo.=La Inclusa y su portero. =Artificio de Juanelo.=Los empleados tontos.=Los malos poetas.=El folleto de M. Parchappe.=Varias causas de locura.= Diversas clases de locos.

Estando en Bélgica tuvimos ocasion de ver la cabeza de piedra de un santo, obra de gran mérito, que un Belga aficionado á las artes compró *por diez reales*, cuando visitó á Toledo: y en uno de los famosos cuadros que hay en los claustros de la Catedral, falta un pedazo que representaba un perro, y que un inglés cortó con su cortaplumas. Asi desaparecen en detall todas nuestras antigüedades para mayor baldon de nuestra patria!

Nosotros aconsejaríamos á quien quisiese ver con atencion las infinitas bellezas que Toledo encierra (si bien de la mayor parte de ellas solo se conservan ruinas), que no eligiese para visitar esta ciudad la época de semana santa. Como el domingo de Ramos se cubren los altares, no pueden admirarse infinidad de pinturas y esculturas del mayor mérito: el *gran monumento* que ponen en la catedral, es magnífico, pero no sorprende en manera alguna á los que hayan visto los de otras iglesias metropolitanas de España, tales como Sevilla, Valencia, etc. En los oficios se nota dignidad y decoro, pero como falta capilla de música, y cuanto en tiempos mas felices para aquella iglesia contribuia á darles realce, en el dia se hacen aun con mas pobreza que en muchos templos de Madrid; y por lo que atañe á las procesiones nada hemos visto mas ridículo si se exceptuan la del Corpus en Valencia y la de S. Fermin en Pamplona. Y es llegado el tiempo de que las autoridades hagan conocer á algunos pueblos fanáticos, que el culto que se debe dar al Supremo Hacedor, ni consiste en llevar delante de su custodia gigantones de carton que asusten á los chiquillos, ni se excita la devocion con disciplinantes que entre azote y azote se meten en las tabernas de la carrera á remojar la garganta. Estas farsas lejos de excitar el entusiasmo religioso contribuyen á ridiculizar los misterios de nuestra religion, tan altamente sublime y consoladora.

La procesion que llaman *de los armados* sale el viernes Santo por la tarde. Los armados son hasta veinte mozos de pelo en pecho, con medias y calzon corto de seda, tonelete de holandilla negra, coraza y casco de hierro. El jefe lleva su lanza al aire: si la apoya un momento en el suelo, debe pagar, segun costumbre, el refresco para los otros. Figúrense nuestros lectores si el tal jefe no irá pensando mas en su lanza, que en la muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo. Siguen *los pasos*, que son unos grupos de figuras de tamaño natural. Si el escultor que las hizo era de Toledo les aconsejaríamos á sus paisanos que lo nieguen á pies juntillas por el honorcillo de su pais y por el del arte.

En el primer paso vá Moisés con las tablas de la ley: pero es un figuron tan estrafalario el dichoso Moisés, que necesitaria para compañero un Faraon como el del teatro del Circo. Viene en seguida *la cena*. Cada apóstol tiene su manto de diverso color, y un letrero que indica el Santo á que pertenece; pero este año debió estar de prisa el sacristan que les servia de ayuda de cámara, porque el manto de Judas se le puso á San Mateo... Infamia atroz la de ponerle á un hombre de bien la capa de un pícaro... aunque para eso hay en Madrid muchos pícaros con capa de hombres de bien, y vaya lo uno por lo otro. Ya los hombres no se distinguen por el traje, pues tal vez bajo una mala capa hay un buen bebedor, asi como bajo una buena capa suele haber un mal ministro.

Viene detrás *el paso* de los azotes. Este grupo ofrece una circunstancia tan curiosa como original, y es que el año de 1821 vistieron de milicianos nacionales á los sayones, como para mayor escarnio. ¡Venganza tan rara como peregrina de los realistas toledanos!

Un estandarte, un pendon de seda, y varios *pendones* que están viendo pasar la procesion, constituyen el todo de esta solemnidad, que en manera alguna merece la pena de que se camine veinticuatro leguas solo por verla. ¡Qué diferencia entre estas procesiones y los antiguos edificios que la ciudad encierra!

San Juan de los Reyes es un templo digno de gran atencion. La llaman particularmente los infinitos grillos y cadenas cogidos á los moros en las guerras de Granada, los cuales están enclavados en las paredes exteriores del edificio para perpétua memoria. Un jefe político hubo en Toledo que mandó arrancar algunas para ponerlas entre los guardacantones del paseo, como se acostumbra en tales sitios: á muchos les parecerá una profanacion el hacer tan poco aprecio de semejante monumento de antigüedad; pero un jefe político no tiene obligacion de saber apreciar *las cosas antiguas*... le basta con saber gobernar *al uso moderno*... como pregonan los libritos para escribir cartas y memoriales.

En la biblioteca del arzobispo hay obras interesantes y curiosas. Sobre los estantes se ven los retratos de sesenta y seis escritores célebres, y dos escritoras. La vista de estas señoras nos convenció de que es antigua en España la manía de algunas que pudiendo *coser* camisas buenas, *hilvanan* versos malos.

La inclusa participa del aseo que se nota en todas las casas y establecimientos de la ciudad. El número de párvulos, aunque no es excesivo, demuestra sin embargo que por falta de nacidos no se ha de acabar la generacion toledana; habria unos ochenta, entre niños y niñas; número mas que suficiente para tan escasa poblacion, y en que tanto dominan los sentimientos religiosos y las ideas timoratas.

El torno está dispuesto de manera, que al dejar en él un chiquillo, suenen una infinidad de campanillas, que cayendo sobre la almohada de la cama del portero, le obligan á levantarse soñoliento, asustado y en calzoncillos para recoger un hijo del prójimo... ¡Cuántas malas noches le costará al pobre portero el que otros las hayan pasado buenas!

Seria de desear que se adoptasen para la lactancia los biberones aspirantes, como hemos visto en algunas inclusas del extranjero, especialmente en Francia é Inglaterra: esto es mas provechoso para los párvulos, y mas económico para los establecimientos, pues ni se necesitan tantas nodrizas, ni cada una tiene que alimentar á tres niños, como ahora sucede.

El Tránsito, Santa María la Blanca, el monumento de Padilla, el hospital de afuera, Santo Tomé, y el artificio de Juanelo, son cosas todas dignas de la particular atencion del viajero. Hablando de dicho artificio, que es una obra empezada con el intento de subir el agua del Tajo hasta la grande altura del Alcázar; y como conste de infinidad de palos cruzados, multitud de ruedas, goznes, caños, vasos, cubos y otras menudencias, sin contar la fábrica de ladrillo, y los arcos, compuso Quevedo los versos siguientes:

> Ví el artificio espetera,
> pues con tantos cazos pudo
> mover el agua Juanelo
> como si fueran columpios.
> Flamenco dicen que fué
> y sorbedor de lo puro:
> muy mal con el agua estaba
> que en tal trabajo la puso.

Nos dirigimos en seguida al Nuncio, (casa de locos.) Confesaremos ingénuamente que lo peor que á un hombre puede sucederle no es ir á Toledo, sino que le lleven, y harto se sabe lo que el público entiende por llevarle á uno á Toledo ó á Zaragoza. Nosotros no somos tampoco de los que imaginan que en Toledo exista el hospital mayor de locos de España, puesto que creemos que la mayor casa de Orates es España misma. Esa empleomanía general que se nota aquí en todos tiempos y bajo todo sistema de gobierno, ¿cómo calificarla sino con el nombre de locura, y de locura rematada? Aquí desea empleo el pobre, para comer, pero come raras veces, porque raras veces le pagan; y lo desea el rico, porque cree que ha de figurar mas que siendo independiente; constituyéndose en criado del público: empleo quiere el hombre de talento, y abandona sus estudios, y se deja de escribir comedias, y de redactar obras útiles, para ocupar una silla en un ministerio, para andar por las bibliotecas con una escalera al hombro, como si fuera á recibir á los reyes magos, ó para ir á representar la España, en clase de agregado ó secretario de embajada, á paises donde no se acuerdan de que España existe, hasta que salimos con tal embajada. Sin embargo, si aquí no hubiera mas empleados que los que tienen talento, no se arruinaria el Erario; pero es el caso que los tontos tambien quieren empleo, y que generalmente son los tontos los que le obtienen con preferencia: asi es que en España hay muchísimos empleados tontos, sin que por esto se crea que no hay tambien muchísimos tontos que no son empleados. Esta es una de las locuras predominantes del pais: las jaulas de estos locos son las oficinas: la política es otra locura; las jaulas de los *políticos* son los cafés. Allí es generalmente donde les da la vena.

El mal es, que como de una locura nacen mil, y, como un loco hace ciento, y como media docena de hombres que saben escribir comedias, son empleados, y no las escriben, salen seiscientos á escribirlas; que lo mejor que pudieran hacer era ni escribirlas, ni leer las que ya están bien escritas, puesto que ellos no las han de entender siquiera. Las jaulas de estos debian ser las escuelas de primera educacion, pero lo son los teatros de la corte: á bien que los teatros son tambien jaulas de los concurrentes que asisten á ver tales obras, pues se duda cuáles son mas locos, si los que las escriben ó los que las ven con tanta calma.

En Francia acaba de publicar un opúsculo Mr. Parchappe, hablando de las causas de que proviene la locura, y presentándolas por el órden siguiente.

El exceso de la bebida, dice, que es la primera y la mas comun de todas.

Los cambios repentinos de fortuna siguen á la primera.

La tercera es el miedo.

La cuarta el amor; lo cual prueba evidentemente que se le atribuyen al Dios ciego aun mayor número de locuras de las que le pertenecen... y á fé que no son pocas!

Debe V. casarse con una andaluza de ojos árabes, capaces de hacer pecar á un santo. Su padre es dueño de media Serranía de Ronda: cuarenta mil duros le ha de dar en dote á la muchacha: pero el *tirano* padre sabe que la vida de V. no es muy arreglada, que pasa V. la noche jugando y perdiendo, que tiene V. un desafio cada semana... y como el buen hacendado andaluz no quiere un yerno quimerista que exponga á dejar viuda á su hija á un dos por tres, se la niega á V. por esposa. Se vuelve V. loco, le encierran en el Nuncio... ¿Se dirá que se ha vuelto V. loco por amor? Nada de eso. V. se ha vuelto por la pérdida repentina de fortuna, (el dote de los 40.000 del pico); y esta es la segunda causa del buen Mr. Parchappe.

Le da á V. calabazas su amada... Trata V. de ahogar la pesadumbre en una ponchera... Se emborracha V. un dia y otro dia... una noche y otra noche... hasta que pierde V. el juicio... ¿Se ha vuelto V. loco de amores?... Ni pensarlo. La locura dimana de la bebida... primera causa de Mr. Parchappe...

Aun nos falta una quinta causa. Esta es el amor patrio. Mr. Parchappe nos dice que de 1.000 locos,

281 lo están por excesos en la bebida.
141 por reveses de fortuna.
64 por amor.
6 por patriotismo.

Los restantes por diversas causas.

Nosotros añadiremos,

1 por escribir folletos sobre la locura.

Ademas disminuiremos el número de los del amor patrio, pues en España mueren pocos locos por patriotas, aun cuando haya muchos patriotas que hagan infinitas locuras.

Involuntariamente nos hemos separado de nuestro objeto, y ya nos vamos perdiendo en el asunto,

como nos perdió en el Alcázar el cabo de la montera de pellejo.

Pasamos á ver el interior del Nuncio, y el primer huésped que se ofreció á nuestra curiosidad, fué un poeta. No nos causó tanta extrañeza verle allí, como nos la causa ver á otros compañeros suyos en el café de Sólito... Un poeta en una casa de Orates está en su elemento, como el pez en el agua. El tal habia llenado las paredes de versos, disparatados, es claro, como escritos por un loco, pero no tan malos como los que se publican en algunos periódicos de literatura de esta Corte.

Otro se nos presentó con marcial continente y con un aire de satisfaccion que regocijaba. Este es loco de familia: su padre fué loco, y loco fué su abuelo; es decir que todo su abolengo ha sido demente, pero que dementes y todo ha ido perpetuando la raza: para esto estaban en su juicio.

En el tercer cuarto habia un loco por amores. Nosotros creemos que loco lo está ya el hombre desde el punto y hora en que se enamora, por consiguiente ó llevarnos á Toledo á la mayor parte de los que por Madrid paseamos libremente, ó echar á la calle al loco de Toledo. Este infeliz demente hablaba con el mayor entusiasmo de su hermosa ingrata, que tal vez en aquel momento estaria regocijándose con algun cuerdo.... El que se vuelve loco por amores es el único loco que no merece lástima. A su lado hay un infelíz, cuyo primer rasgo de locura se anunció antojándosele cortarse el pelo á raiz, como lo hizo. Con el cabello cortado, y sin mas instrumentos que una aguja, se bordó un gorro griego, con lo que consigue tener su pelo, gorro y peluca, todo en una pieza.

Otro habia encerrado, el cual estaba furioso: asi que nos vió empezó á dispararnos mas desvergüenzas, que las que estos últimos años le decian los periódicos de la oposicion al gobierno.

Otro desgraciado, que deja traslucir la brillante educacion que debe haber recibido, ha trazado en la pared, con un alfiler, un plan de fortificacion, digno de ser estudiado por cualquier ingeniero.

Las mujeres estaban todas encerradas: en Toledo encierran á las mujeres locas: en Madrid las dejan ir sueltas por la calle del Cármen, por el Prado y á los teatros: esta es la única diferencia. Tambien habia otra por amores: á nosotros nos parece que dejándola á esta con el que por la misma causa está en el departamento de hombres, pronto los veríamos á los dos curados.

Salimos de aquella mansion en extremo contristados, y el recuerdo de aquellos séres no se apartó en todo el dia de nuestra memoria. Un hombre privado de la luz de la razon, puede decirse que no pertenece ya á la especie humana! Sin embargo, cuántos mas dementes que aquellos son en el mundo considerados.... Cuántos llevan sus pechos llenos de cruces y placas careciendo aun mas de razon que los del Nuncio de Toledo... Y por qué? Porque las locuras que tienen un exito afortunado, las premia la sociedad, y las que no, las castiga. Razon tiene el que ha escrito que el mismo Napoleon, considerado hoy dia como un semi-Dios, y á quien por do quier se le erígen estátuas.... si hubiera visto fallidas sus primeras tentativas, habria muerto en una casa de locos, y no al pié de la roca de Santa Elena.

JUAN DEL PERAL.

Revista de la Quincena.

Aparece mayo con sus rosadas auroras ó sus amenas lluvias, matizado de flores, rico de aromas, y saluda á S. M. el rey de los franceses Luis Felipe I: este recibe á las primeras dignidades de su reino, recalca con significativo tono su contestacion á las insinuaciones de todo un arzobispo de la capital de Francia, y dá un magnífico concierto en las Tullerías, mientras se abre la exposicion de los productos de las artes y la industria. Acude el pueblo de Madrid al *Campo de la Lealtad*, consagrando una memoria á las ilustres víctimas de 1808; y apenas se apaga en los aires el eco de la fúnebre campana y de los cantos religiosos que entona el sacerdote sobre el sepulcro de los primeros mártires de la independencia española, se alza como por encanto un altar en cada esquina, é inundan los chiquillos las calles, y piden para saciar su golosina, poniendo por intercesora á la *Cruz de mayo*. Tal vez hayan recordado mis lectores que dos dias despues se cumplian 23 años de la muerte del prisionero de Santa Elena, que trece años antes y en el mismo dia creyó tomar posesion en Bayona del trono de España é Indias, por renuncia de nuestros reyes. Entre estas ocurrencias y estas memorias han recibido las aguas del bautismo en la capilla real dos hijos de Africa, y han anunciado que verian la luz del mundo la *Juventud española*, el *Arlequin*, el *Clamor público*, y que resucitarian el *Espectador* y el *Eco*, mientras exhalaba el sesudo *Corresponsal* su último suspiro á impulsos de ignorada dolencia. Con la exposicion del Liceo y la funcion ejecutada en su teatro, y las visitas de S. M. la Reina doña Isabel II á varios cuarteles, bien ha tenido el mundo elegante donde lucir sus galas, y donde matar los primeros quince dias del mes que corre con veloz é inalterable paso, descontándonos las horas de la vida. Posible es que algunos de mis lectores, distraidos con tan diferentes recreos, no hayan visitado ninguno de los tres principales coliseos de Madrid, y, sea dicho en verdad, no han perdido mucho en esta quincena. De todos modos daremos breve cuenta de las funciones que se han representado, y nuestra tarea quedará cumplida.

Bien deseariamos que Madrid se hallara en punto de espectáculos al nivel de otras capitales de Europa; mas en su situacion actual nos parece hasta quimérico presumir que dos compañías de verso y otras dos de ópera puedan sostenerse en su recinto sin ocasionar grandes pérdidas á los empresarios, á cuyo cargo se hallen. Con los fondos invertidos ahora sin cálculo, no dudamos que habria lo suficiente para formar dos compañías completas que satisficiesen las exigencias del mas delicado gusto: podrian ser oidos alternativamente en la capital de España los mas célebres cantantes; se ejecutarian con toda la perfeccion apetecible las mas difíciles producciones dramáticas, sin que flaquearo en su representacion ninguno de los papeles. Faltan en Madrid tres cosas para sustentar tres teatros con cuatro compañías; poetas dramáticos, público y actores. Si antes con dos teatros se perdia una obra original entre el inmenso cúmulo de traducciones que la antecedian y subseguian, júzguese lo que acontecerá en el dia cuando han de surtirse tres con lo que á dos no les bastaba. Ocurre por lo general que en noche de funcion en la Cruz, el Príncipe y el Circo es tan escaso el número de espectadores en cada uno de ellos, que juntos todos apenas poblarian los dos tercios de localidades en el teatro menos espacioso. Actores hay en la compañía del Circo que no tienen quien les sustituya en la de la Cruz y el Príncipe; y por otra parte en aquella solo hay elementos para poner en escena funciones de una clase. De estas leves indicaciones resulta que entre nosotros con multiplicarse los coliseos, no se multiplican las novedades, pues no crece el catálogo de poetas, ni el de actores que interpreten sus obras, ni el del público que las escucha. Por laudables que sean los esfuerzos de las empresas y de las compañías, será su vida artificial y ficticia, mientras no se constituyan de otro modo.

A estos inconvenientes que se oponen á la prosperidad de los teatros, se agrega en el del Circo la escasez de su repertorio, pues tiene que limitarse á poner en escena traducciones ya muy conocidas, y que no llaman la atencion aun cuando se ejecuten con mucho esmero. Poco mas nos queda que decir por hoy de este teatro.--Hizo con buen éxito su primera salida la señora Valero en las piezas tituladas *Quiero ser cómico* y la *Novia impaciente*; y le cupo mala fortuna á una traduccion del señor Doncel con el título de *El Marido de la bailarina*.--Ha vuelto á ponerse en escena *El Belisario*, cabalmente al cumplirse un año menos un dia de haber obtenido en esta ópera y en el mismo teatro un señalado triunfo el señor Salvatori, para quien fue escrita. Algo ronco estuvo el distinguido artista, por lo que hubo de suprimirse el duo de bajo y tiple del segundo acto. Frecuentes y justos aplausos alcanzó el señor Unanue, quien cantó su parte con extremada maestría, y mereció ser llamado á las tablas con entusiasmo, repitiendo el aria, que le valia tan lisonjera distincion, con mas energía que la vez primera.--Una pieza en un acto, traducida ó arreglada del francés, no merece en nuestro dictámen ser detenidamente analizada; asi es que consagraremos muy pocas líneas al *Peluquero en el baile*, traduccion hecha por D. Antonio María Segovia á fines de 1839 ó á principios de 1840. Ignoramos si fue presentada entonces á alguna de las empresas teatrales: en tal caso grave fue su error en no admitirla, pues en la simple lectura se conoce que es pieza de éxito seguro; juguete cómico recomendable por su ligereza, por los chistes que lo amenizan, y por lo correcto del lenguaje; divertida farsa, exornada oportunamente con el atractivo de la caricatura. Estuvo bien ejecutada esta pieza, especialmente por los señores Valero y Arjona. Al terminarse fue llamado á las tablas el señor Segovia; ovacion no merecida en nuestro pobre juicio, porque al traductor de una pieza en un acto, por mucho que sea su mérito, no le corresponden los mismos honores que han alcanzado García Gutierrez con *El Trovador*, Hartzenbusch con *Los Amantes de Teruel*, Breton de los Herreros con *El cuarto de hora*, Gil y Zárate con *Guzman el Bueno*, Zorrilla con *La segunda parte del Zapatero y el Rey*, Rubí con *La Rueda de la Fortuna*, Valladares y Doncel con las *Travesuras de Juana*. Creemos que el mismo señor Segovia convenga con nosotros en que *El Peluquero en el baile* merece aplausos, que deben repartirse con equidad entre el traductor y los actores; como tambien en que es excesiva la distincion de que fue objeto, y que en lo sucesivo puede ser justa si aplica á la escena las cualidades de escritor que ha desplegado en los periódicos para ser conocido del público con el pseudónimo del Estudiante.

Réstanos hablar de dos novedades ofrecidas por la empresa de la Cruz y el Príncipe, *Gemma de Vergy y la Copa de marfil*.

Dos veces ha hecho su primera salida en Madrid el señor Lej con la *Gemma*, una con mas lozanía y con voz mas entera; otra con mas estudio y mas consumado en el arte: entre esas dos épocas han transcurrido ocho años, si no nos engaña nuestra memoria. Tambien ha salido por primera vez al teatro la señora Brizzi en esta ópera con extraordinaria timidez é imponderable encogimiento; razon por lo que no puede ser juzgada con tino: si de ella habláramos por lo que hasta ahora hemos visto seria nuestro juicio desfavorable; mas como se nos ha dicho que un empresario la ofreceria una ventajosa escritura si la oyera cantar al piano el aria del último acto de la *Somnambula*, aguardamos á que aplique todas sus dotes artísticas á la orquesta para hablar con conocimiento de causa. La señora Campos estuvo bastante bien en el papel de *Gemma*, y esperamos que no perdone esfuerzo para destruir poco á poco la preocupacion que suele dominar al público al ver de *prima donna* á la que hace pocos años conoció de corista. Santarelli suple su escasa voz con su buen método de canto. Sínico arrancó numerosos aplausos, especialmente en el duo del último acto. En suma, Gemma de Vergy en sus tres representaciones ha obtenido un éxito nada mas que mediano.

A la época de la dominacion de Húngaros y Lombardos en Italia se refiere el espectáculo trágico del señor Zorrilla, titulado *la Copa de Marfil*, y representado en el teatro del Príncipe. Abusando el poeta de las maravillosas facultades de su imaginacion y de la facilidad de escribir versos en todas las situaciones de la vida, parece haberse complacido en trazar un sombrío cuadro, en que no hay contrastes, bajo la influencia de una afanosa pesadilla; todo es en el horrible y repugnante: nada se encuentra que solace el espíritu ni brinde recreo á los sentidos. Alboino es un rey de instintos feroces, codicioso de sangre, cruel por naturaleza; rey que liba el vino de los festines en el cráneo del padre de su esposa: Rosmunda es una hiena animada con los atractivos de mujer y vestida con la púrpura de los reyes, se anuncia amando con

frenesí á uno de los capitanes de su esposo; tan feroz se muestra en sus amores como en sus venganzas: Rodimiro es un capitan de Lombardos audaz en los combates, indeciso, imprevisor y casi necio en la mansion regia, sin que se adviertan en sus acciones la intrepidez y la vehemencia de un amante: Brenilda es una jóven desdichada por su gusto, pues da lugar á todas las catástrofes solo por no revelar á su enamorado Rodimiro que Alboino es su padre, como se lo indica al público bien á las claras desde la primera escena. Y de esta última observacion se deduce que el interés de la tragedia ha de estar mal sostenido, contando con tan débil apoyo. *En la Copa de Marfil* realmente no hay protagonista, por serlo alternativamente Alboino, Rosmunda y Rodimiro, cual si porfiaran entre sí por llevarse cada cual la primacía. Mas todos estos lunares de que adolece la última produccion del señor Zorrilla, los atenuan en gran manera la robustez y lozanía de la versificacion, lo correcto del estilo y la entonacion elevada que se admira en algunos pasajes de la obra. Brillaron en las cuatro representaciones de *La Copa de Marfil* la señora Lamadrid y el señor Latorre: se oyó la tragedia en silencio y en nuestro dictámen no fué este poco triunfo. En las tres últimas noches era escasísima la concurrencia. *La Copa de Marfil* no ha gustado.

Creemos oportuno anunciar algunas de las producciones que se preparan en los teatros del Circo, de la Cruz y el Príncipe. En el Circo *Consultarlo con la almohada*, *ó el Sueño*: baile. *La favorita*, ópera, se estrenará en breve si el señor Confortini es bien recibido en su segunda salida: *Las Treguas de Ptolemaida*, ópera del maestro don Hilarion Eslaba.—Obras dramáticas: *Cuidado con las amigas*, del señor Breton de los Herreros: *La tienda del Rey don Sancho*, del señor Olona: *Una Reina no conspira*, del señor Diaz: *don Juan de Luna*, del señor Amador de los Rios; *Al César lo que es del César*, del señor Rubí. En la Cruz y el Príncipe: *Zampa*, ópera.—Producciones dramáticas: *La princesa de los Ursinos*, del señor Asquerino: *Munio Alfonso*, tragedia de la señorita doña Gertrudis Gomez Avellaneda: *A lo hecho pecho*, comedia en un acto de don Manuel Breton de los Herreros.

Entre las obras que han visto la luz pública en Madrid durante la última quincena, merecen particular mencion el *Nuevo manual de Madrid*, del señor don Ramon Mesonero Romanos, tan útil para los naturales como indispensable para los forasteros, y la *Vida del Lazarillo del Tormes*, de la cual se ha repartido ya la primera entrega, adornada con preciosos grabados. Nos parecen notables entre las obras próximas á publicarse la *Historia de Felipe II*, escrita por el general don Evaristo San Miguel, y la coleccion de las comedias de Alarcon, dirigiendo tan laudable empresa el señor Hartzenbusch, quien tan felizmente dió cima á la publicacion de las comedias escogidas de Tirso de Molina. La edicion de las de Alarcon será en 4.° á dos columnas, repartiéndose una comedia cada semana por el módico precio de dos reales. De las obras que han visto la luz pública en el extranjero debe ser citada en primer lugar *la vida del reformador de la órden de la Trapa*, debida á la célebre pluma que derramó las sublimes dotes de su genio en las páginas de oro del *Genio del cristianismo* y de los *Mártires*.

Han regresado á Madrid de su viaje á Francia los artistas don Francisco Salas y don Basilio Basili: por falta de prima donna no les ha sido posible cantar la ópera *los Contrabandistas*, que habia puesto en conmocion al mundo elegante, y que sin duda se ejecutará en Paris en este mismo año. Nuestros artistas han tenido en los salones de París una brillante acogida, y las señoras condesa de Merlin y viuda de Aguado, se prestaron noblemente á vencer todos los obstáculos que se opusieran al objeto del viaje de los señores Salas y Ojeda. Este último ha quedado en París, y piensa continuar su viaje artístico por Lóndres, Amsterdam y Viena.

Se halla en Madrid don Pedro Soler, primer oboe del teatro de los italianos: segun nos informan es una maravilla en el arte, y tendremos el gusto de oirle en el teatro del Circo.

Fuerza es ya terminar este artículo, en que hemos procurado reunir lo mas notable que ha ocurrido en la última quincena. Visitó la reina doña Isabel II en la tarde del dia 14 el antiguo cuartel de la Milicia nacional, hoy ocupado por el batallon modelo: desgraciadamente por la noche se prendió fuego en su recinto, y consumieron las llamas todos los adornos con que se habian engalanado los claustros y escalera: fueron víctimas algunos soldados de este fatal suceso.

Lluviosa estuvo la víspera y aun la mañana de San Isidro; mas súbito aclaró el tiempo, y por la tarde poblaba numeroso gentío todos los caminos que conducen á la ermita del Santo, prolongándose la romería mas que de costumbre por ser tambien festivo el siguiente dia, notable ademas por una fiesta campestre aristocrática. Invitada por la excelentísima señora condesa de Montijo asistió á su hermosa quinta de Caravanchel la flor y nata de la nobleza española. A las dos de la tarde se dispuso un gracioso baile en el ameno bosquecillo del jardin, que defiende de los rayos del sol su espesa enramada. Sirvióse despues en el salon bajo un espléndido almuerzo de fiambres, y á la caida de la tarde terminó tan grato recreo. Entre las personas notables de tan escogida reunion se hallaban los señores duques de Osuna, de Medinaceli y de Alba, y el señor conde de Bresson, embajador de Francia, con su esposa.

No nos incumbe hablar en nuestro periódico de la variacion de gabinete, ni aun lo haríamos aun cuando nos incumbiese, porque asi nos comprometeríamos á escribir un párrafo igual en casi todas las quincenas.

A. F. DEL RIO.

(Estatua en yeso de Velazquez, por el Sr. Piquer, presentada en la exposicion del Liceo.)

Boletin bibliográfico.

A pesar del movimiento tipográfico que se advierte cada dia, son pocas las obras que puedan estar bajo el análisis de la crítica; unas que por demasiado ligeras no merecen ese trabajo, y otras que no habiendo terminado su publicacion se hallan en el mismo caso que las primeras. Hay sin embargo algunas de reconocida utilidad, y que prestan un gran servicio al pais en que escriben; y en este número debe contarse el

MANUAL DE MADRID,

nuevamente escrito por D. RAMON DE MESONERO ROMANOS.

Este distinguido escritor, tan dignamente apreciado del público por los bellísimos cuadros de costumbres que ha trazado con su profunda observacion y su lenguaje castizo, publicó ya en 1833 otro *Manual de Madrid*, en el que daba á conocer la capital de España, bajo su aspecto *histórico-topográfico*, *estadístico*, *administrativo* y *monumental*. En la edicion que ahora publica ha hecho un trabajo enteramente nuevo; y no podia menos de suceder asi si habia de ser completo, porque Madrid ha cambiado mucho desde aquella época.

Empezando, pues, su tarea, por una rápida reseña histórica en Madrid desde los tiempos mas remotos hasta el año presente, enriquecida con noticias biográficas y curiosas de los madrileños célebres y de los fueros y blasones, armas y privilegios de la villa; sigue luego el cuadro físico de su situacion topográfica, extension, clima, division interior, poblacion y caserío, contribuciones y consumos, estadística mercantil y de oficios, policía y ornato, aspecto de la capital y mejoras de que es susceptible, carácter de sus habitantes, y bosquejo de un dia en Madrid.

Acompaña al fin un *Apéndice* instructivo de todos aquellos pormenores que forman el halago y la comodidad de la vida, y que tan difíciles son de aprender en un pueblo nuevo, como son las indicaciones sobre habitacion, alimento, vestido y servicio, comunicaciones y transportes, audiencias, curiosidades y espectáculos, terminando con una rápida ojeada de los usos y costumbres del pueblo de Madrid, y una lista alfabética de las calles y plazas con notas etimológicas de sus nombres.

Ocúpase tambien su autor de indicar algunas mejoras que considera útiles y necesarias; nosotros juzgamos muy acertadas la mayor parte de ellas, y felicitamos sinceramente al señor Mesonero por el feliz término de una obra que tanto trabajo le habrá costado escribir, por los infinitos datos que contiene, y por el órden y la claridad con que estan presentados.

El plano topográfico de Madrid, las láminas, el papel y la impresion corresponden al mérito de la obra.

No nos detenemos á probar la utilidad de este libro, porque nos parece excusado; sin embargo, y asusta decirlo, la primera edicion ha tardado en venderse *once* años! Algunos creen que el *Manual de Madrid*, indispensable á todo el que viva en la capital del reino, *hasta á su mismo autor*, es útil tan solo para los forasteros, y ese es un error. No hay quien no necesite ver alguna de sus páginas diariamente.

Véndese en las librerías de Cuesta, de Rios y de Jordán, en la Europea y en la de Monier, á 24 rs.

LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES,

CON GRABADOS POR ARTISTAS ESPAÑOLES.

De esta interesante publicacion de que hablamos ya en otro lugar, se ha repartido la entrega primera,

lujosamente estampada, y los grabados son de los mejores que han salido del establecimiento del profesor D. Vicente Castelló.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Brun, Castillo, Sanchez y Monier; y en las provincias en las administraciones de correos.

DIRECTOR, D. Antonio Flores.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS
DE D. IGNACIO BOIX, EDITOR PROPIETARIO.
Calle de Carretas, núm. 8.